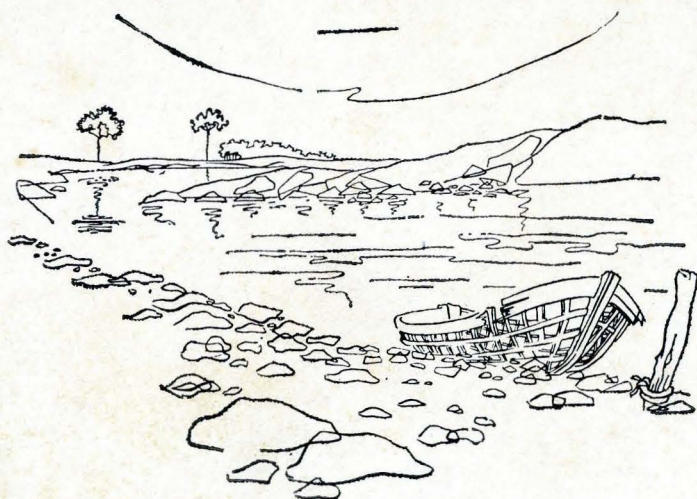


FRANCISCO MORALES PADRON

# Cuentos imaginarios



*san borondón*

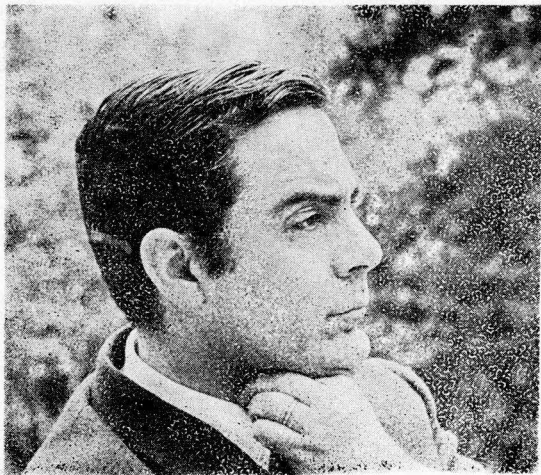
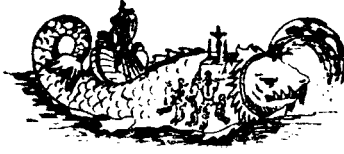


FOTO:  
ROJAS FARIÑA

Francisco Morales Padrón nació en Las Palmas, el 6 de julio de 1924. Estudios de bachillerato en el Colegio Viera y Clavijo de su ciudad natal, y de Filosofía y Letras en las Universidades de La Laguna (Tenerife) y Sevilla, especializándose en Historia de América. En 1958 gana por oposición la cátedra de «Historia de los Descubrimientos Geográficos», de la Universidad de Sevilla.

Morales Padrón ha desarrollado una ingente labor profesional como historiador de los países hispanoamericanos; resultaría impropio citar aquí sus numerosos libros, artículos en revistas especializadas —desde 1950 ocupa el cargo de director del *Anuario de Estudios Americanos*—, conferencias, etc. Además, ha tomado parte en numerosos congresos internacionales dedicados a su especialidad; quizás sea esta una de las facetas más importante de sus actividades historiográficas: el trato personal con especialistas de todo el mundo.

En este libro, Francisco Morales nos descubre otra de sus cualidades, hasta ahora muy poco conocida: la creación literaria. Sus cuentos —escritos entre 1953 y 1955, menos los dos últimos, de fecha reciente— nos revelan un escritor de fácil creativa, humano, comprensivo, irónico; la realidad y la fantasía se confunden alcanzando niveles de gran calidad literaria.



*colección*  
*san borondón*

Dirigida por  
MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

*C U E N T O S*  
*I M A G I N A R I O S*

El Museo Canario  
Incorporado al C. S. I. C.  
Doctor Chil, 33  
Las Palmas de Gran Canaria

Reservados todos los derechos  
Copyright by Francisco Morales Padrón  
Las Palmas de Gran Canaria, 1970

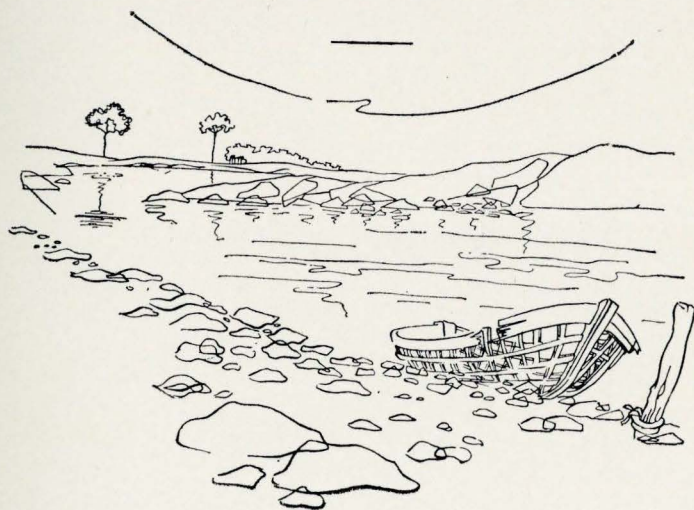
Depósito Legal G. C., 458–1970

---

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17

FRANCISCO MORALES PADRON

# Cuentos imaginarios



*san borondón*

# *Danayde*

**D**ANAYDE, deidad acuática, fue en la mitología griega una de las hijas de Danao. Figuró como ninfa de los manantiales de la Argólida, la yerma, y Rodin ha sabido inmortalizarla en una escultura guardada hoy en el Museo de Luxemburgo... Pero Danayde fue más recientemente una mujer joven, que tal vez exista aún. Comencemos por casi el principio...

«El barco se balanceó cruel y sin piedad. La cabeza me atormentaba, unido a continuas náuseas. Dentro de ella bullía, monótono y horrible, el ruido de las máquinas. En el estómago no tenía ya nada, y bien poco me importaba comer o no. Casi llegaba a renegar del momento en que se me ocurrió tomar el barco, dejar la Universidad antes de tiempo, e irme a gozar unas Navidades más de lo debido. Fuera del camarote hacía un día magnífico que entraba por un ojo de buey, con un sol que hería al reflejarse en el agua. Nada de lo que me rodeaba me interesaba en aquel momento. Estaba derrotado físicamente, pero no tenía anulado el optimismo y la alegría de mi alma. Anhelaba, ya hacía tres días, la dulce presencia de una mujer que no me esperaba. Soñar con ella era mi paliativo en aquel tiempo sin horas que me destrozaba el cuerpo con el tormento



del barco. Entonces odiaba el mar. Al fin llegamos.

La ciudad se extendía como una tira de vida a lo largo de la costa. Detrás, cumbres sin nubes, semejando un grandioso decorado. Más cerca, todo el mundo abigarrado del muelle. El sol volvía más azul el agua del mar y llegaba hasta mi alma, pintándola con colores alegres. Pronto estaría en tierra. El yodo marino tonificaba, daba impulsos y ganas de vivir; nada de lo sentido en días anteriores lo experimentaba ahora. En medio de aquellas casas que se acercaban cada vez más y más, estaba Danayde.

¿Cómo era Danayde? Sus ojos no eran negros, ni hermosos, pero sabían mirar de un modo que obligaba a olvidar todo lo demás. Se diluía en ellos una vaga dulzura; tenían súplica y al reír parecían quedar serios y tristes. Después, con el tiempo, también en su risa participaron los ojos. Poseía la gracia del «Cantar de los Cantares» y de sus manos nunca supe quien las había dotado de tanta suavidad. Así era Danayde.

Con ella iba a vivir pocos días. Presentía que serían buenos en recuerdos, y así fueron. En aquellas vacaciones, como siempre, salíamos igual que dos amigos. Recordaba que ella había llegado a mí de una manera vulgar, pero un día —habían pasado meses desde que la conocí— la reencontré de nuevo. Era, precisamente, el momento en que en mí germinaban inquietudes y sueños que, pasados algunos años, brotarían nuevamente. Pero Danayde me atolondró el corazón y me cambió de rumbo. Sin embargo, estaba determinado que ella no constituiría sino un capítulo, más o menos lírico, de mi vida. Para mí fue un episodio lo que para ella, quizá, fue toda su vida.

Los días pasaban fáciles: en ellos jugábamos mucho a soñar. Me daba siempre sus sueños como algunas esculturas de Rodin, a medio acabar. Así yo podía concluirlos con mi imaginación y hacerlos aún más

hermosos, perfeccionándolos en sus líneas y descubriendo las formas delicadas, ocultas bajo la aspereza del material. Soñábamos desde la tarde a la noche. Entonces, cuando me marchaba, flotaba en el jardín el perfume de una planta. Yo lo identificaba con no sé qué perfume antiguo, que nunca había percibido: con el del melitoto. Lejos de allí volví a sentirlo en otros momentos y experimenté una locura en la sangre. Me excitaba como un animal ante una presencia extraña. Entonces miraba a mi alrededor, creyendo encontrar a Danayde, pero el perfume no era suyo, ni nunca lo fue. Lo había asociado con su persona. Era de aquella planta extraña, como ella. El olor de Danayde venía del pelo y me entusiasmaba la carne cuando lo aspiraba, haciéndolo llegar a todas las gotas de mi sangre.

A veces íbamos a la orilla de la playa. Por la tarde corría en el aire una tristeza celta, dulzona; y en la luz indefinida sonaba el rumor del mar como invitando a rezar. Permanecíamos sentados. Pero en las mañanas, anchas de sol, corríamos y jugábamos riendo, mirando hacia atrás para ver las huellas en la arena. Las íbamos dejando para luego volver sobre ellas. Mas, cuando regresábamos ya las había borrado la pleamar. Cansados, nos sentábamos, y me contaba que deseaba permanecer en las regiones abisales, vivir en zonas políferas y de madrêporas, donde la luz teñía con millones de colores las plantas y los seres exóticos. Quería estar allí y darme a besar sus labios llenos de sal. Así se evadía continuamente de la realidad, siguiendo el impulso de su imaginación. Verdaderamente yo estaba enamorado de Danayde. Todo en ella me agradaba. Era una niña grande; le gustaban las muñecas, los carruseles y las calesitas. Le entusiasmaba el misterio de las barracas de feria, la musiquilla del organillo: toda la farsa alegre y la balumba callejera de las fiestas. Junto a esto, había en ella un deseo de sufrir.

Era delicada y doliente; en sus pupilas fulguraba toda su espiritualidad y vida interior. Esta variedad, esta facilidad para la alegría y la tristeza, me ataba más a su vida.

Al principio tenía una superioridad sobre mí, que después perdió. Yo me sentía más fuerte y la veía como una niña indefensa. Sobre todo cuando nos sentábamos en aquel sofá de su casa. En él se tendía —la tendía— hacia atrás para recibir mis besos. Eran besos fuertes, desconocidos; besos que dotaban a sus ojos de una expresión muy conocida por mí. Danayde me sabía a menta.

Fueron trozos quiméricos de mi vida, pero, al fin, me alejé de nuevo. Como siempre que me separaba de ella, llevaba una enorme congoja nostálgica. Me trasplantaba a un mundo distinto. En él, como otras veces, me encerraría en la torre de marfil de mi amor por Danayde para resistir lo que de ella me pudiese apartar.

Hacia ya meses que estaba ausente de Danayde. Su figura comenzaba a desdibujarse en mi mente y los sentimientos se difuminaban. Sus cartas comenzaron a carecer de sentido y me cansaba con la exposición continua de su querer. ¿Qué era lo que me sucedía? Brotaron ideas dormidas y ansie desconocidas sensaciones. Siempre ignoré qué circunstancias obraron sobre mí logrando un cambio tan radical. Me sentí preso queriendo a Danayde, sin poder reaccionar. Nació, imperiosa, una llamada de rebeldía contra aquel querer que me había entretenido unos años. No me resignaba a soñar cómodamente en un sofá, viviendo poco. Quise ver muchas cosas y profundizar en ellas, hasta llegar a su esencia. Ligado a Danayde no podría hacer nada de lo que quería y nunca comprendería la vida. Me asqueó ser un hombre vulgar, viviendo en la tranquilidad de una casa. Me aterrorizó verme secuestrado por una mujer y unos hijos, limitado en mis deseos. No podía resignar-

me a aquello. Anhelaba ser un pescador de imágenes y sensaciones siempre nuevas con que llenar mi alma. Quería llevar una existencia de realismo inusitado, donde la vida y la muerte, lo vulgar e insólito, la bondad y la maldad, vivieran de manera intercambiable. Tuve sed del amor de muchas mujeres, de amores distintos.

Esa fue mi primera explosión. Creía que proyectándome en su busca encontraría satisfacción. Pero después vi que no era tal mi problema. Deseaba «algo» que aún no se me había dado a conocer. No sabía lo que era.

Danayde misma resolvió la situación. Después de leerlo, me envió un libro. Era un regalo, un recuerdo de nuestros últimos meses, síntesis de todo el tiempo que nos habíamos querido. Aquella obra la habíamos visto en el cine y nos dejó gratos recuerdos. Yo —no lo noté entonces— la comprendí mejor que ella porque allí se debatía un caso igual al que más tarde se daría en mí. Cuando comencé a leer, no pensé cuán lejos me iba a apartar de Danayde. Cada página, cada idea, era un trasunto de lo que yo vivía en aquellos momentos. Me compenetré con el personaje y fui él.

Cuando terminé la lectura comencé a dejar de querer a Danayde. Como un esquizofrénico, en el propio mundo me cerré místicamente a toda dispersión; me replegué sobre mi mismo para adoptar una resolución, y, al fin, la tomé apartándome de Danayde. Un día de diciembre mis alegrías dejaron de ser las de ella y las suyas dejaron de ser las mías.

No volví más a mi ciudad. Ella estaba lejos. De cuando en cuando me venía, fuerte, su recuerdo y me angustiaba anhelando verla y besarla. Soñaba con sus manos, con aquellas manos que besaba en las yemas de los dedos, donde se sentía latir el corazón. Muchas veces creí reconocerla en alguna muchacha de la calle,

pero no era ella. Como la había dejado, joven siempre, la seguí representando con aquella edad.

¿Qué fue de ella? No lo supe. Quizá se casó con un hombre cualquiera, o quizá no se haya casado nunca. Puede ser que viva y lo haga con un hombre bueno. Se lo merecía. A la larga me habrá perdonado, porque la amé mucho y habrá comprendido que unirla a mi girar era un pecado. La dejé creyendo que si no lo hacía me negaba a mí mismo. Siempre pensé que era buena y bonita y, como a toda mujer, le sería fácil volver a dejarse querer».

.....

Lo anterior, lo he leído hasta ahora, fue escrito por él ayer, después de salir de una exposición de pintura en la que creyó ver a Danayde. Había en la sala ese juego de luces característico y ese olor de cuadros recientes que se nota en las exposiciones. Entró sin querer. Ya su recuerdo de Danayde era borroso y por eso imaginó encontrarla joven, como la primera vez que la vio.

Experimentó celos, igual que los primeros. Estaba con un joven, de espaldas a él. Era su pelo, su cuerpo... sus caderas surgiendo como una deliciosa prolongación del milagro de su cintura... Miraban un paisaje marino. Se acercó y vio que no era Danayde... Se fijó en el cuadro... Este comenzó a agrandarse y las olas se movieron. Todo se animó: los azules, los oros, los blancos... La figura de Danayde corrió por la arena con el pelo suelto. Echó a correr para cogerla; la brisa le dio en el rostro y, en medio del murmullo marino, oyó la risa de Danayde, como una ninfa del mar... Le pareció que se burlaba de toda su vida.

# *La pequeña y el pez*

**L**A geometría líquida de la fuente, al faltarle el sol, había perdido todo su encanto. Llovía, y la lluvia que caía tornaba triste y quitaba gracia a la comba de los surtidores. Las campanadas de la iglesia católica llegaban débiles como diluidas en el agua del cielo.

Apresuró el paso. Otras tardes, en aquella hora, no sólo venía de los jardines que rodeaban a la *Brunnenplatz* el perfume de las flores, sino las voces de niños que jugaban tras las verjas. Nunca, hasta aquel momento, había percibido el terrible encanto de esos juegos al atardecer, cuando las figuras están desvaidas al irse ya la luz. Los niños, entonces, prosiguen sus juegos, prolongando el placer hasta que la oscuridad les asusta. Hoy, por la lluvia, no había juegos.

Era ya un poco tarde para llegar a casa de los Kaufman. Se había entretenido en la Academia a última hora sin querer. La pequeña Traude estaría impaciente. Se la imaginaba recibéndole, como todos los días. Pero su imaginación resbalaba por encima de esto, concentrándose en el sueño que había tenido la noche anterior con Eliese, la hermana mayor de Traude. Pensaba contárselo. Lo repasó mentalmente, para comprobarlo; temía haberlo olvidado ya. Era, en realidad, un

sueño extraño. Nunca había soñado con Eliese, ni con Traude. Volvió a pensar en lo soñado...; estaba contemplando la noche, el cielo. Notó, admirado, que no había estrellas. Un fuerte viento las había empujado a todas, arrinconándolas en un extremo del firmamento. Se maravilló y quiso que Annie Eliese viese aquello. A su llamada había echado a correr, pero antes de llegar se había caído en su ímpetu. La recogió, con cuidado, en sus brazos. Mientras la llevaba junto a la ventana no pudo resistir el placer de besarla. Eliese lloraba de dolor por la caída, y gozaba con la sensación de mis besos que caían calientes sobre sus ávidos párpados. Casi estaban junto a la ventana cuando notó que alguien lo miraba. Volvió la cabeza y vio que Eliese, la misma que llevaba en sus brazos, lo contemplaba con dolor y celos porque besaba a ella misma...

No se explicaba el sueño y dudaba en contárselo. Lo haría, pero cambiando los personajes.

Hacia dos años que estaba en aquella ciudad estudiando, pensionado por el gobierno de su país. Al principio le fue difícil desenvolverse. Pero tuvo la suerte de conocer a Lotte y con ella superó las primeras dificultades de adaptación. Lotte finalizaba sus estudios. Era una mujer inteligente y no fea, que daba poca importancia a los problemas o asuntos sentimentales. Le ofreció, desde casi los primeros días, su amistad y así encontró una ayuda para moverse en aquella ciudad desconocida para él, que, además, se expresaba muy torpemente en la lengua del país. Por Lotte conoció a la suave Anne Eliese y a su familia. Una tarde, saliendo a pasear con Lotte por el muelle, encontraron a Eliese, amiga de aquella. Iba sola —después ya fue con él— porque le agradaba andar llenando sus ojos de paisajes marinos. En el agua quieta y azul de la bahía descansaban veleros con cascos multicolores, en los que Eliese introducía el polizón de su imaginación para embar-



carse a tierras de fantasía. Esto lo supo después de conocerla y cuando ya, de las citas en los cafés, pasó a su casa, conociendo a la pequeña Traude y a Karleinz, padre de ambas. También se enteró que tenían un hermano en el frente. A todos les cayó simpática su presencia y por eso se le consideró diario invitado.

Todas las tardes, a la salida del estudio, pasaba por su habitación, dejaba sus cosas, se arreglaba un poco y se dirigía a casa de los Kaufman. Recorría despacio unas callejas junto al muelle repleto de olor marino y de ese otro que despiden los almacenes llenos de distintas mercancías. Después entraba en la *Kastanienallee*, que iba a desembocar en la *Brunnenplatz*. Cerca estaba la casa de Eliese. La *Kastanienallee* era —como su nombre indica— un ancho vial de castaños. Los bombardeos habían producido algunos daños y suprimido todo el tráfico mareante. En aquella hora de la tarde circulaba muy poca gente. Al llegar a la *Brunnenplatz* era precisamente cuando veía a los niños jugando. Siempre se acordaba de Traude en aquel minuto y se imaginaba como dentro de breves momentos le abriría la puerta haciéndole una genuflexión colegial... con la punta de la falda entre sus dedos y una sonrisa bajo los flecos que podía ser de burla. En seguida aparecía Anne Eliese.

Eliese era delgada y débilmente rubia. El pelo castaño. Los ojos, casi sin serlo, azules. Y a todo envolvía una especie de dulzura que flotaba de continuo en su rostro. La expresión reflejaba equilibrio interno, paz. Le agradaba mucho su figura dotada de algo inaccesible. Siempre tenía puestos unos aretes circulares de oro y de su pecho colgaba una reproducción pequeña de un sarcófago egipcio también de oro, con esmaltes en verde y rojo. Annie Eliese lo hacía pasar. Con Karleinz y ellas merendaba en una salita que revelaba la personalidad de Eliese. Sobre la mesa una pecera con un pez

rojo. Era de cristal blanco con unos dibujos estilizados que representaban una gacela, unas rosas de los vientos y una rueda de timón mariner. Le había gustado a Traude, un día que salieron juntos, y se la había regalado a la pequeña, que cuidaba de ella y de su prisionero. También le había regalado a Traude una cajita de música. Fue una adquisición hecha en casa de un anticuario amigo de Karleinz; un judío viscoso, de maneras suaves, que jamás salía de entre aquel mundo de cuadros, imágenes, muebles, cerámica, crucifijos y cacharros... Un mundo especial, donde flotaba un ambiente de locura, avaricia e inversión. En una de las visitas que hicieron al establecimiento del anticuario, Traude descubrió la cajita de música. Mientras los demás pasaban de una a otra habitación mirándolo todo, la pequeña se quedó junto a la cajita y dejó que su corazón se adormeciera con sus canciones. La cajita fue para Traude y pasó a ponerle fondo musical a la vida del pez y a la suya.

La pequeña era muy silenciosa, aunque sus bonitos ojos hablaban por su alma. Sobre la frente le caían unos flecos descuidados, acentuando más lo original de sus facciones y el contraste con su hermana. Física y espiritualmente eran distintas. Eliese se mostraba locuaz, expansiva, inquieta. Traude era callada, reflexiva, llena de afectos dulces y abundantes, pero tímida en expresarlos. Amaba la soledad, soñaba despierta y prefería aislarse y vivir dentro de su mundo. Todo lo contrario que su hermana Eliese. A Traude le bastaba con sus libros, sus sellos de correos, su cajita de música... y el pez rojo, su gran amigo. Era como una niña, corría, jugaba y experimentaba miedo en las habitaciones vacías... Era una muchacha extraña. Cuando le preguntaban la causa de su modo de ser, contestaba, riendo, con algo que era cierto. Contaba que era así, porque hasta los quince años no supo como era la noche, ni como

era la luna. Le daban de cenar muy temprano y la acostaban cuando moría el día.

Faltándoles la madre, Anne Eliese ocupó el puesto de ésta y se despegó de su hermana. Traude quedó sola, sin compañera de juegos y de confidencias. Por eso era salvaje y no sabía amar, aunque lo deseaba y lo practicaba con el pececillo rojo y la cajita de música. Nadie en la casa sabía a quien amaba más, si al pez o a la cajita musical. Un día lo sabrían.

Las relaciones con los tres Kaufman eran distintas en el fondo. Hacia Eliese creía sentir algo profundo, auténtico, de corazón. Para ella tenía unos verbos especiales.

A Traude la conformaba muy fácilmente. Todo consistía en preguntarle por su amigo el pez o escuchar la cajita de música. Bueno; todo no era esto. Se daba cuenta de que había algo más entre él y Traude; pero no lo adivinaba.

Con el padre siempre discutía sobre sus problemas. El tema favorito era el religioso. Karleinz se mostraba en sus ideas como un evangélico lleno de odio para el catolicismo. Pero acababa confesando que sentía simpatías por este credo, aunque le disgustaba profundamente que no cantasen en las iglesias. Ignoraba la vida de un monasterio benedictino y sólo hablaba por la experiencia de aquellas. Por curiosidad había penetrado varias veces en templos católicos y siempre le producía vacío la falta de canto y la presencia de los fieles como espectadores y no como actores en las ceremonias. Una cosa, tan sin trascendencia, le apartaba del catolicismo.

Otras veces, si llovía o el tiempo no era propicio, Karleinz se dedicaba a mostrarle una infinidad de objetos que guardaba en una habitación-museo. Poseía cosas verdaderamente exóticas que acariciaba con placer, como recreándose en su contemplación y en la

evocación de días lejanos. Había viajado mucho. Aquella afición la había heredado Anne Eliese.

Así pasaban las tardes. Ya anocheciendo le era dado el charlar más intimamente con Eliese. La conversación la interrumpía Traude con sus travesuras y con sus preguntas... que muchas veces no tenían respuesta.

De esta manera se desenvolvían los días normales. A veces sonaba la alarma y tenían que correr al refugio. Muchos días lo había hecho estando en casa de los Kaufman. Tomaba del brazo a Eliese y Karleinz se hacía cargo de Traude. Era tan grande el placer que experimentaba llevando a Eliese, que apenas percibía el peligro que se cernía sobre la ciudad. La expresión de angustia de Anne Eliese le atraía y hubiera querido, en uno de aquellos momentos, amarla libremente. La quería, pero temía que Traude siguiera creciendo y metiéndosele en medio del corazón. La pequeña tenía dieciséis años, tres menos que la hermana y ocho menos que él.

Una noche, ya se iba a retirar, sonó la alarma. Estaba, con Eliese, asomado tras los cristales de la ventana. Contemplaban la perfecta oscuridad que reinaba en el exterior. Faltaban los rectángulos de luz de las casas vecinas. Esas ventanas iluminadas que tantas cosas sugerían a sus imaginaciones. Contemplándolas, anhelaban saber qué alegrías, qué tristezas, qué problemas, qué vidas se desarrollaban tras aquellos trozos de luz. Aquella noche nada existía; había oscuridad y flotaba el temor y el peligro. Los ojos de Anne Eliese brillaban como sumergidos en un maravilloso líquido plateado... Fue entonces cuando sonó la alarma. Su aviso fue tardío, porque enseguida una bomba cercana destrozó los cristales de la casa. Tomó a Eliese, creyendo que Karleinz llevaba a Traude. Al cruzar la calle, Anne llamó a su hermana y el padre contestó diciendo

que no estaba con él. Se volvieron; a unos cincuenta pasos detrás, Traude corría llevando entre sus brazos la pecera: era lo único que deseaba salvar. La luz de una bomba les había permitido la visión, que desapareció rápidamente, borrada por otra bomba caída más cerca. Dejó a Eliese y corrió hacia donde estaba Traude. La encontró en el suelo. La pecera se había roto en mil pedazos, y entre los cristales, sangre y agua, el pececillo rojo se debatía en una agonía acompañada con la de la pequeña. En aquel momento se enteraron de que Traude amaba más al pez rojo que a la cajita de música.

# *La vuelta del mar*

**E**L reloj dio, rápido, cinco campanadas. Pareció como si tuviera prisa, como si temiera que se le hiciese tarde para algo que sólo él sabía. Era esa hora de la madrugada que no se decide a ser de noche ni a ser de día. Para unos principiaba la noche. Alejandro el negro, era uno de estos seres. Caminaba hacia su casa, mejor dicho a su habitación. Su hogar, siempre volante, lo constituía ahora un misero cuartucho, más o menos grande, donde vivía con Rafaela, su mujer, y los hijos.

La verdad era que no sentía gana alguna por llegar. Primero le dolía en el cuerpo atravesar aquella calle junto al mar, estrecha y torcida, con casas desconchadas y oxidadas que miraban al océano. Los detritus traídos por el agua se amontonaban, despidiendo un olor de basura fermentada, junto a las paredes. Una de aquellas casas desteñidas era la fonducha donde tenía su guarida. Después le dolía en el alma llegar y encontrarse a Rafaela y a los chiquillos hechos unos ovillos en una cama infame. Hubiera deseado no llegar nunca.

Eran ya las seis de la mañana cuando comenzó a subir la escalera. Sentía sueño, cansancio y asco. Al final comenzaba el pasillo oscuro, en cuyo fondo se ubicaba la habitación. Como siempre, los rectángulos de

cristal de la puerta brillaban iluminados, salvo dos que habían sido sustituidos por simples cartones. Allí, detrás, estaba lo que era su familia. Y en aquellos segundos que tardó en llegar a la puerta recordó casi todo lo vivido hasta el momento.

Estaba seguro. Rafaela había matado —pensaba— a su primer hijo cuando vio que era negro. Después nacieron otros dos, que procuró vigilar, pues eran también de color. Luego, hacía siete años, había nacido el último. Era blanco. Cuando fue pequeñito no despertó dudas en Alejandro, pero ahora, a la vuelta de media docena de años, un cúmulo de interrogantes se alzaban en su mente. En realidad no le extrañaba el nacimiento de un hijo blanco. Al fin y al cabo, su padre, allá en Cuba, fue un blanco que se había casado con una rica negra. Su extrañeza consistía en observar o comprobar que el niño no tenía nada suyo, ni casi de la madre. De Rafaela poseía esa peligrosa melosidad de ciertos animales. Era un niño de tez fina y viva imaginación. Inquieto, con una gracia madrileña inconfundible y una gran tendencia al afeminamiento.

Pero ya había llegado a la puerta de la habitación. En aquel instante la cara de Alejandro aparecía soberbiamente acuñada, con un gesto duro. Mas sólo Dios y él sabían cuanta falsedad campeaba en aquella expresión. Largo y fuerte, llenaba todo lo ancho y alto del pasillo. Antes de entrar se quitaba la gorra que utilizaba más para preservarse del frío que para ocultar una gran calva.

En los primeros años de matrimonio, cuando regresaba a aquellas horas y se encontraba con su mujer, sentía placer. El rostro pintado de Rafaela tenía para él un valor simbólico y mágico; como lo tenía el color para un alma primitiva. Notaba que del color se proyectaba a él, a su alma, una fuerza. Pero cuando, como ahora, la veía despintada y pasados tantos años y tantas



cosas entre ambos, ningún poder existía en Rafaela. Ya no se pintaba para él. Y, aunque la odiaba, hubiera querido regresar a los primeros años. Era porque Alejandro trascendía a una época antigua. Tenía un alma forjada en otra edad, en tiempos de la esclavitud. Y había sido feliz cuando, sintiéndose esclavo de Rafaela, ésta le había oprimido con el cariño. Pero ya hacía tiempo que experimentaba necesidad de manumitirse. Mejor: de huir de ella, porque no era ya su esclavo. Mas, no encontraba solución para esta libertad que ansiaba. Le ligaban los dos hijos pequeños, pues el mayor había ingresado en el Seminario con ánimos de ser cura.

Entró. Improperios o melodías le esperaban. Todo dependía del retraso. La demora de «El Negro», como su mujer le llamaba, significaba una violenta escena. Rafaela pensaba que su tardanza se debía a permanecer con las compañeras del *cabaret* donde trabajaba. Ignoraba que Alejandro, indiferente a su recibimiento, dilataba la estancia en la sala nocturna prolongando su trabajo. Porque para él era un alivio entonar las canciones de su repertorio, amasadas de lirismo, lánguidas y blandas, trascendiendo a enervación del trópico. Era su válvula de escape, la salida de su alma. Se olvidaba de sí mismo viviendo aquellos sonos teñidos de la atmósfera de otras latitudes, llena de humedad soporífera. Su alma se retorció soñando aquella naturaleza cálidamente sensual, donde la vida transcurre sin tiempo, sin aceleraciones, pero llena de anchas promesas y placeres. Era entonces cuando vivía, aunque no ignoraba que el *shock* era más fuerte al enfrentarse después con la realidad absurda de su vida. Pero no le importaba, porque al menos durante unas horas se había sumergido en un mundo que añoraba. En un mundo de naturaleza morbosa, donde toda facultad mental se abandona y hasta el zumbido de un insecto se torna voluptuoso. El canto era algo esencial de su

alma o de su vida, porque en sus notas gemebundas desahogaba plenamente.

Cuando pasaba la escena del amanecer entre él y su mujer, todo quedaba en silencio. Los ojos de los chiquillos, anchamente blancos y negros, que contemplaban la escena, volvían a cerrarse en el sueño. Al despertar era ya de día o media tarde. Comía, y entonces, con un deleite infantil, encendía el pequeño aparato de radio que había comprado en Casablanca. A oscuras la habitación, sin calefacción, el cuadro de mandos luminoso del aparato tenía para él una nota de tibieza. Le parecía que le calentaba el cuerpo. No percibía que era su alma la reconfortada y la que influía en su cuerpo.

La música poseía un valor religioso para su espíritu. Trasoñaba con las melodías. Y era curioso que en su campo mental, en sus sueños derivados de la música, siempre figuraba él, pero no se imaginaba como hombre de color. Se contemplaba personificado en un ser blanco, que se movía en un mundo fácil, encantador, sin trascendencia. De esta danza de imágenes pasaba generalmente a un esfuerzo de autoanálisis, y entonces latían en su alma sentimientos llenos de duda, inquietud y zozobra.

Así era siempre su vida. Todo lo constituía los momentos en que ejercía su profesión y aquellos ratos a solas en su casa. Como algo marginal estaban Rafaela y los hijos. Y como algo que lentamente fue tomando forma y ya todo un cuerpo existía el deseo de anular a su mujer. Huir o matarla, pero era incapaz de ello. Quería suprimirla de su vida.

El pesimismo le embargaba y hacía estragos físicos en su persona. Se notaba, a medida que pasaba el tiempo, más cobarde y aturdido. La vida se le iba presentando cada vez más como un ingente problema sin solución. Porque lo insolucionable era Rafaela, que al

mismo tiempo era toda su vida, ya que la estaba determinando.

Fue perdiendo conciencia de sí mismo, de él que era la única realidad. Se halló abandonado sobre la tierra, terriblemente solo. Era capaz de vender a cualquiera su voluntad y quedarse sin ojos. Ni siquiera le interesaba marchar hacia su interior en viaje maravilloso. Se ignoraba; presagiaba que iba a morir, pero ya se sentía cadáver. Era la solución que le había llegado.

Desde la ventana de su habitación contemplaba el mar de un azul claro a veces, oscuro otras. En la línea del horizonte se movían lentamente los barcos. Si iban hacia su derecha, sabía que caminaban rumbo a América. Con ellos se le escapaba el soñar. Poco a poco se fue atando a la masa azul del agua. Estaba como sugestionado. Algunas madrugadas, cuando retornaba del *cabaret*, permanecía minutos y minutos apoyado en el pretil de la orilla. Hablaba con el mar. Y creía que le contestaba y le invitaba a confundirse con sus olas. Comenzó a tener conciencia de que en el mar estaba su vida, que era como decir su muerte. Tenía expresiones claras para su ánimo la masa azul marinera en su vaivén cronométrico de ida y vuelta. Era como la expresión de su acontecer, aquel flujo y reflujo. Y de ellos, la pleamar —la vuelta del mar, como la llamaba— era el más que le entusiasmaba. Sobre todo en los meses de octubre y noviembre en que el embate de las olas se destrozaba furiosamente contra los muros, trocándolas en blancas espumas que se deshacían velozmente.

Una noche se encontró más solo que nunca. El mar había estado toda la tarde crecido y alocado. Pero ya se había retirado y apaciguado. Fue en su busca. Quiso hablarle, mas éste permanecía indiferente y lejano. Lloró, suplicó. Sólo oyó el susurro, con el arrastrarse meloso y lleno de misterio. No le quedó más re-

medio que ir hasta ella para sentirla. Caminó por entre los guijarros y rocas resbaladizas, insensible a las asperzas. Y así llegó hasta la misma agua sin casi percibirlo. Más adentro era donde quería llegar. Anhelaba sentir el líquido en sus manos, en su boca, como algo sensual. Llegó hasta donde deseaba, hablando con dulzura, como se habla a una novia.

La vuelta del mar lo trajo muerto. Lo encontraron desnudo, solo. Su alma ya no estaba en aquel trozo de negrura sin vida. Las plantas de los pies y las palmas de las manos lucían terriblemente blancas, y en las cuencas de los ojos y de los oídos comenzaba a notarse el salitre. Lo había matado la mar, y lo devolvía el mar.

# *Mas Xom*

SISSET ató el cabrito, imposibilitándole todo movimiento que le estorbara en lo que iba a hacer. Para ello le amarró las patas por parejas. El animal parecía estar consciente de su próxima muerte. Era blanco, con cuatro manchas negras, de las cuales una correspondía a una oreja. La mesa sobre la que quedó tendido estaba formada por dos planos inclinados cóncavamente, formando un canal. La cabeza del cabrito sobresalía por un extremo y colgaba sobre un cacharro, puesto para recoger la sangre. Siset comprobó el estado del cuchillo, lo limpió en sus pantalones y atravesó de lado a lado el cuello del animal. Con la otra mano le sujetaba la cabeza y le entorpecía los movimientos de la agonía. El chorro rojo de sangre caía directamente sobre la vasija, sin desperdicio alguno. Varias moscas planearon en torno al líquido.

La segunda tarea consistió, ya muerto el animal, en despellejarlo. Para ello le cortó una pata trasera e introdujo entre la piel y la carne un tubo de metal, por el que sopló. La víctima se hinchó como un globo. Se hizo grotesco. Lo demás, ya desprendida la piel por el aire, fue bien sencillo.

Aparte de unos bichejos mínimos y las moscas, tres

eran los seres vivientes que habían entrado en escena. Muerto el cabrito, sólo quedaban dos: Siset y *Belluga*. *Belluga* —nervioso— era el perro al cual el hombre arrojaba ahora parte de las entrañas del animal muerto. Era un perro alargado y bajo, como un *Citroen*. Siempre se estaba moviendo; de ahí su nombre.

A las dos terminó Siset la faena y se dispuso a marcharse a casa, con el fin de comer. Estaba cansado. Antes pasó por «La Concordia» y se tomó un vermuth con «olivas». No había nadie a esa hora en el bar. Cuando llegó a su casa, Montserrat preparaba la mesa, pues a las tres tenía que entrar en la fábrica de tapones donde trabajaba.

Siset y Montserrat eran hermanos. Solteros. Ella era baja, inquieta, limpia, habladora y con cuarenta y dos años. El sólo tenía veintinueve. La casa donde vivían había sido construida por sus padres.

Monse comió rápidamente la «escudella» y se fue a la fábrica. Siset tardó más tiempo. Cuando terminó de comer se metió en su habitación. Hacía ya tiempo que Monse había cerrado y echado la llave por la gatera. Más de una hora estuvo Siset leyendo en alta voz. Como buen hombre del Alto Ampurdán, hablaba mejor el catalán que el español. Este último lo había perfeccionado después de la guerra civil, por necesidades surgidas al radicarse muchos «castellanos» —como llamaban al resto de los españoles— en aquella zona fronteriza del Bajo Pirineo. Castellanos militares, claro. Allí mismo, en el pueblo, aún permanecía destacado un batallón de Infantería y otro de Artillería. Para tratar con toda esta gente caqui, la mayoría andaluza, se imponía hablar el español. A medida que lo aprendió o perfeccionó, le gustaba más. Y no descansó hasta que pudo comprarse un Diccionario de la Lengua, editado por la Real Academia. Esa era su lectura diaria. En alta voz repetía una y otra vez las palabras, porque deseaba

morirse habiendo pronunciado todos los vocablos del lenguaje castellano.

Entre la carnicería y el huerto compartía Siset el tiempo. Esta tarde pensaba ir al huerto, a ver como marchaban las patatas; pero soplaban ya la molesta tramontana. Era un viento que venía de Francia, del Rosellón. Traía el frío del Canigot. Aquel viento imprimía o restaba prosa a la vida del pueblo. Porque el reloj que vivía en la torre de la iglesia tenía la esfera sin cristal. Así que cuando soplaban la tramontana, tanto el horario como el minuterero giraban en una u otra dirección —según la del viento—, aumentando o disminuyendo la hora. Siset, en vista del aire fuerte que corría, decidió no salir. Tampoco iría a *Mas Xom*, masía donde vivía su novia.

A las siete de la tarde se oyó un toque de corneta llamando a comer a la tropa. Un olor a rancho flotaba de continuo sobre el pueblo como una maldición. Poco después, en medio del viento, el toque de retreta como un desafío al vecindario. Monse le contó al hermano los últimos chismes comentados en la fábrica. En ella, salvo tres hombres, todos los operarios eran mujeres: las muchachas del lugar. No había nada que allí no se comentara.

Durante la noche sopló fuerte la tramontana. Siset tuvo pesadillas y Neneta, allá en *Mas Xom*, en medio del bosque, se despertó muchas veces y tuvo miedo, a pesar de que en la habitación vecina se oía roncar al padre. Pero casi sentía más temor de escuchar a su padre que de la tramontana. Era éste un hombre bruto, conocido por Juan *El Carmellós (El Mocososo)*.

Tanto Siset como Neneta oyeron muy de mañana las campanas de la iglesia anunciando la llegada del pescado. Montserrat y *El Carmellós* se hallaban ya en sus faenas. Cuando Siset atendía en la carnicería a los primeros clientes, anunciaban por quinta vez el pre-



cio del pescado. Siset se lamentaba del bajo coste que iba tomando. La llegada se anunciaba con un repique-teo general de campanas, y, tras una corta pausa, se daban tantas campanadas como reales. Hoy estaba bien barato y lo iba a sentir la carne. Mejor no hubiera matado al cabrito el día anterior.

La verdad es que la carnicería no le reportaba mucho y el huerto daba sólo para la casa. Por eso Siset se dedicaba a otra ocupación, más o menos secreta: al contrabando. *Mas Xom*, casi en la misma frontera, le servía de mucho. Todas las semanas pasaba al otro lado de la línea fronteriza por el camino de La Bajol, otro pueblo más cercano a Francia. De allí seguía, burlando la vigilancia de la Guardia Civil, y entraba en el país vecino por la senda junto al hito 557. El camino bajaba entre frondosa vegetación hacia el pueblo francés de Les Ylles. En la divisoria de frontera se veían todavía restos de alambradas alemanas, y en los bordes del camino yacían algunas piezas de coches abandonadas cuando la huida de los republicanos. De ellos quedaban algunos en Les Ylles. A través de éstos obtenía Siset los objetos —piezas de máquinas textiles— que contrabandeaba. De noche regresaba. La carga ilícita la dejaba en *Mas Xom*, al cuidado de Neneta, que salía a esperarle cuando oía su silbido. Pasados unos días, con el pretexto de ir a buscar algún animal para la carnicería, retiraba la carga. Otras veces subía a las cumbres, a la ermita de Las Salinas, en busca de fresas salvajes. Aprovechaba el camión que iba a las minas de talco por mineral cada jueves. Era una costumbre empezada un día que nunca olvidó. Aquel día de junio había sido sin querer. Regresó con fresas silvestres, envueltas en espliego que llevó a Neneta. Toda la habitación se inundó de aquel olor al igual que el día en que trajo violetas salvajes, cogidas más allá de *Mas Oliveta*. Neneta, también entonces, se impregnó

toda. Le olian la cara y las manos. De tal manera le excitó a Siset el perfume, que no le quedó más remedio que amarla primero en los labios asustados y luego en toda ella. *Belluga*, el perro, era siempre testigo de todo esto.

Las horas se le iban a Neneta en *Mas Xom* en completa soledad. Eran lentas y tristes, temiendo el regreso del padre leyendo el mismo libro: *Historia y Miracles de la Sagrada Imatge de Nostra Senyora de Nuria: Composta per Ld. Dr. Francesch Marés, Presbere. Barcelona, 1882*. Otras veces se asustaba cuando pasaban militares a caballo. Eran oficiales que marchaban a La Junquera a divertirse. Algunos domingos por la mañana se detenían y pedían vino, pan y butifarras. Les servía de todo, porque no quería que hablasen mal de *Mas Xom*; pero recelaba, porque sabía que los hombres la encontraban hermosa.

Así pasaba la vida de Siset y Neneta, de Monse, de *El Carmellós* y de *Belluga*. Los domingos Neneta llegaba hasta el pueblo. Después de la misa se bailaban sardanas en la plaza. Era inmenso el placer de las mujeres en aquellos instantes. Por la tarde había baile, y por la noche, cine. Constituía un día feliz para Neneta. Estaba más que nunca con Siset y con la hermana de éste. Cuando llegaba el día de alguna romería o de la fiesta mayor o «Petita», su dicha se acrecía. *Mas Xom* era entonces más sombrío y melancólico. Deseaba dejarlo y casarse.

Al fin se casó. Cuando Siset se lo comunicó creyó morirse de duda y de alegría. No acertaba a comprenderlo. Siempre lo recordó.

Hacia un día perfecto. Nada aparentaba la tormenta. Sin embargo, sobre los picos, allá por Francia, un borrón gris aumentaba por momentos. Se le veía avanzar con toda claridad. Las chispas eléctricas lo rasgaban a intervalos y los truenos se sucedían regularmente.

Una bandada de golondrinas pasó alocada sobre *Mas Xom*. Después le siguieron unas gotas de agua bien gruesas. El ambiente perdió la claridad de unos momentos antes y todo tomó un tinte fantástico. Del bosque oscuro llegó el padre mojado, resoplando como un animalote. Neneta no le dijo nada. El agua arreció. Fue entonces cuando llegó Siset, bien calado, con el perro.

Había venido tan sólo para decirle a *El Carmellós* que deseaba casarse con la hija. Juan no le contestó aquel día. Y Siset, como Neneta, se entretuvo en fabricar sueños y en esperar a que pasase la tormenta. *El Carmellós* amaba, sin exteriorizarlo, a su hija. La quería con exclusividad. Por ello no vio bien su noviazgo y menos un matrimonio que acabaría arrebatándosela. Más de una vez pensó que era capaz de matarla antes que verla abandonar la vieja masía donde murieron sus padres y su mujer.

Al día siguiente volvió Siset. Venía por la vereda de los plantíos, junto al bosque. A lo lejos vio a su suegro inclinado, plantando. Le gritó. El viejo se incorporó y echó a caminar hacia él. Venía tan despacio, que pudo contar los noventa y tres pasos que dio hasta llegar. *El Carmellós* le dijo que sí, pero que Neneta no se iría de su lado. Entonces fue Siset quien no contestó, pues pensó en su hermana Monse.

Aquella noche discutió fuerte con Montserrat. Le expuso que tenía que irse a vivir a *Mas Xom* si quería casarse con Neneta. Monse protestó; le necesitaba y no quería quedarse sola. Todo se arreglaría cuando se muriese Juan *El Carmellós*, le explicaba Siset a la hermana. Pero su hermana no le comprendía, sufría sobre su vida la falta de un compañero y lloraba muchas veces a solas, porque su vientre quedaría baldío y sus manos nunca acariciarían a un hijo. Temía quedarse sola. De madrugada se acostaron sin ponerse de acuerdo. La tramontana agitaba las ventanas y puertas.

Siset se casó y se fue a vivir a *Mas Xom*. Desde entonces *El Carmellós* se hizo más extraño y Monse conoció la tristeza continua. Un día *El Carmellós* desapareció. La Guardia Civil del puesto fronterizo en La Bajol dijo haberle visto hacia el camino de Les Ylles. Todos pensaron que se había pasado a Francia.

Al año y medio de casarse, Neneta tuvo un niño; *Mas Xom* se llenó de llanto infantil y de risas. El perro, *Belluga*, jugaba a toda hora con el niño. Siset, enfadado con la hermana, no se atrevía a manifestarle su deseo de abandonar la masía de su mujer. Esta también lo anhelaba. A los cinco años de nacer, el primer hijo se les murió casi sin darse cuenta. *Mas Xom* se hizo más sombrío que nunca. Siset envejeció y Neneta acumuló angustia. Ya los militares no se paraban a pedir de comer y beber.

Montserrat se decidió a hablar con el hermano, viendo su desgracia. Le convenció para que se fueran a vivir al pueblo con ella. No le costó a Siset mucho esfuerzo aceptar. *Mas Xom* comenzaba a tener cierta fisonomía tétrica para la gente.

Ya en el pueblo, Neneta pronto se dispuso a esperar otro hijo. Todos se alegraron, y más que nadie Monse. Un día fue a La Junquera a comprar algunas cosas francesas traídas de Le Perthus con destino al nuevo sobrino. Cuando pasó junto a *Mas Xom* no pudo resistir la curiosidad de entrar. Penetró. Todo permanecía abandonado. Estaba pensando que su padre le había dicho siempre que no tuviera miedo de los muertos, sino de los vivos, cuando entró en un cuartito que poseía cierta alegría en medio de su desnudez. Había sido arreglado para un niño, para el primer hijo de Siset. Aunque jamás había ido a la masía, adivinó que aquel fue el cuarto de su primer sobrino. En el extremo opuesto a la puerta, Monse vio un juguete roto y al perro *Belluga* echado a su lado, durmiendo. La angus-

tía y la sorpresa la dejó paralizada. No esperaba hallar al animal allí. Ahora se explicaba sus ausencias, que nadie había logrado comprender. Pero aún más le dolió ver roto el juguete que había sido la ilusión y alegría de un niño.

Casi huyó de *Mas Xom*.

Se perdió por el bosque sintiendo la tristeza de no ser nunca madre y odiando a *Mas Xom*, cuyas paredes oscuras y leprosas nada sabían de su corazón.

# *Los perros del rey*

(CUENTO CASI PARA NIÑOS)

**E**S maravilloso. Me lo ha regalado mamá. Es un *Diario*, de encuadernación azul y con mi nombre. Significa que ya soy mayor, que ya tengo historia, dice papá. La verdad es que no sé lo que voy a escribir porque a mí me suceden pocas cosas. Hablaré de *Carol*, de mi amigo *Carol*.

A mí algunas cosas que narraré me parecen un cuento para niños. Digo a mí —que soy una niña— porque siempre las oigo contar dándole un sentido distinto al que yo les doy. Me explicaré; pero temo no saber hacerlo y ser comprendida. Tampoco Delia y Paula, mis hermanas, me entienden cuando por la noche intento hacerles ver la belleza de mi cuento. Ellas se empeñan en hablarme de sus pretendientes, de su pelo, o de lo molesto que les es ir al Colegio. A ellas les resulta pesado porque presumen de mayorcitas, y la verdad es que a mí también me fastidia estudiar y soy pequeña. Tengo doce años.

*Carol* es un perro que ha traído papá. Centenares de veces le he escuchado la historia de *Carol*. Sus padres vinieron con un rey exiliado de la Europa Central. Al menos eso dice mi padre, y yo creo que es cierto puesto que él lo afirma. Pero mi padre cuando habla de

*Carol* lo hace para alabar su fina raza, sin fijarse en lo bello de su vida. El rey que trajo a los padres de *Carol* no venía con la reina, sino con otra mujer. Es de suponer que los perros fueran sus caprichos. Lo cierto es que un día el rey, que ya había abandonado su corona, su mujer y sus hijos, abandonó igualmente a los perros y se fugó con su acompañante. Fue un gesto sensacional. Se habló de romanticismo. Pero la verdad es que nuestro rey se marchó sin pagar la cuenta del hotel, dejando algunas maletas vacías y la colección de perros. Nadie se fijó en ellos. Hasta el momento habían sido tratados como seres reales, pero desde que su amo los dejó, decayó el trato y alcanzaron algún que otro pisotón. Al fin fueron vendidos. El gerente del hotel se quedó con las maletas, que eran de cuero muy bueno, y vendió los perros cuando vio que uno había muerto.

*Carol* es hijo de estos perros destronados. Un amigo de papá adquirió una perra de la cual nació *Carol*; apenas tenía un mes cuando llegó a casa. Venía como sustituta de *Katiuska*, una perra que le regalaron a mamá, muerta un día por un vulgar camión que ni siquiera se detuvo después de aplastarla. En casa todas lloremos. Al decir *todas* me refiero a mis cinco hermanas, mamá y yo. También lloró *Dandy*, un perro ciego, lanudo, de tío Carlos. Dice papá que *Dandy* es un perro existencialista y lo más contrario a su nombre. No sé por qué lo dirá; ignoro lo que significa *Dandy*. Yo lo que sé es que es un animal raro, sucio, bohemio, que aparece y desaparece misteriosamente. Me da una pena enorme verlo viejo, sin luz, descuidado. Por mamá me enteré que cuando se lo regalaron a tío Carlos era como *Carol* ahora. Lo cuidaban y mimaban; lo perfumaban; le ponían un lazo de color; comía delicadamente y hasta dormía en una camita especial. Ya no posee nada de eso. Ha olvidado el sabor de un bombón y se ha ente-



rado del gusto que tienen los desperdicios; no siente jamás unas manos femeninas sobre su lomo, pero ha sufrido muchas patadas. Es ahora un perro en desgracia y desgraciado. Yo no le quería por sucio, pero cuando me enteré de su vida y más de una vez lo vi entrar en nuestro jardín y echarse sobre el lugar donde enterramos a *Katiuska*, comencé a quererle. No entiendo por qué hacía aquello, pero lo cierto es que a mí se me había ocurrido más de una vez hacer lo mismo. Porque yo había amado a *Katiuska*, la perra blanca que asesinó el camión.

Entre la muerte de *Katiuska* y la llegada de *Carol* entró en nuestra familia una gata y cuatro hijos. Os contaré como fue: nuestra vecina tenía una gata. Un día le dijo a mamá que, como habían matado a *Katiuska*, podía recoger un gatito de los cuatro que a su gata se le había ocurrido traer. ¿Y los otros tres?, le preguntó mamá. Los ahogaré, le respondió la vecina. Desconozco como fue, ni quien se lo dijo que lo hiciera, pero al siguiente día de entrar en casa el gatito, vimos como la madre se acercaba a nuestro jardín trayendo en el hocico a uno de sus hijos, que depositó maternalmente junto a nuestra verja. Mamá nos llamó a todas. Papá, que aún no se había marchado para la oficina, también vino. Todos sospechábamos lo que iba a suceder. La gata desapareció y volvió con otro hijo, luego hizo lo mismo con el último gatito. Los tres quedaron casi dentro de nuestro jardín y a su lado la madre mirando hacia casa. Como locas bajamos todas. La gata no se asustó; nos vio coger a sus hijos y luego se fue. Desde entonces los cuatro gatitos quedaron en casa.

Más tarde fue cuando llegó *Carol*. No lo esperábamos, pero a todas nos encantó su presencia. Fue, y es, un elemento más de juego en nuestra vida y en la de los gatitos. Sólo *Dandy*, el perro bohemio de tío Carlos, no parece darle importancia a *Carol*, ni a sus amigos

felinos. De vez en cuando entra en casa. Anda por el jardín, desprecia a los gatos y a *Carol*, no hace caso de nuestras llamadas, y se va con la cabeza gacha y una muchedumbre de melancolía en sus ojos ciegos. Un día lo matará un coche. Y yo estoy segura de que lloraré.

*Carol* es distinto. Desciende de reyes. Siempre está limpio y dispuesto a jugar y salir de paseo. Es un perro frívolo. Cuando por las mañanas doy clase, entra en la habitación e interrumpe mis tareas. La señorita que me enseña se enfada con él, pero acaba acariciándolo y diciéndole palabras dulces, como si fuera un novio. Papá comenta que se comporta así porque es una solterona. Tampoco sé lo que quiere significar con eso. Yo también le digo palabras dulces y soy una niña.

Por la tarde, *Carol* y yo jugamos y charlamos mucho. Si hace alguna diablura le castigamos suavemente con una zapatilla mía de ballet. Sus ojos son blandos y hermosos. La luz del atardecer juega al escondite en ellos, y a mí me agrada mirarlos por el color extraño que toman y porque parecen dos trozos de sentimiento que me comprenden. Sabe llorar y sabe pedirme agua con sus ojazos; me mira a mí y luego se vuelve hacia donde está el agua. En su manera de ser hay dos cosas que no me gustan: ladra a los niños mendigos que tocan en la puerta y es cobarde delante de otros perros. Yo podría decir muchas cosas de *Carol* y de *Dandy*. Pero, ¿esto que he dicho no es un cuento para niños? *Carol*, hijo de reyes, ha venido a ser el rey de un reino formado por mis hermanas y yo. Es un Estado de seis súbditas y un perro por rey. Ojalá *Carol* no pierda su imperio y llegue un día a ser lo mismo que *Dandy*: un ex-rey en el exilio, privado de antiguos placeres y atormentado por sufrimientos. Si hay un paraíso para perros, estoy segura de que *Dandy* irá a él. Y aunque no lo sabe, yo me considero su vasalla y voy con mi corazón acompañándole en su reino vagabundo, triste y ciego.

Un reino que desaparecerá cualquier otro día bajo las ruedas de un camión inconsciente y sin que el frívolo *Carol* lo sepa.

¡Ah! Se me olvidaba: *Carol* no es un perro, es perra. Lo dice papá y yo no sé en qué está la diferencia. Mamá me contó que, a pesar de ser una perra, se le puso un nombre masculino para que no fuéramos tantas mujeres en casa.

# *Agua enferma*



**D**ESDE pequeña le dolía en el corazón el ladrido de los perros por la noche. Aquel perro de José, y el otro más lejano, y el otro que contestaba de no sabía donde...; todos le molestaban profundamente porque no la dejaban soñar con tranquilidad. Estaba completamente quieta, oyendo, como dentro de ella misma, el andar de su pequeño reloj despertador. Era un reloj simpático, que todas las mañanas le despertaba dejando oír la diana del ejército francés.

Al fin, María Sara se durmió. Se durmió pensando en la soledad de José, el viejo.

El día comenzó a moverse. En los pinos y enredaderas se oía ya hacía tiempo el piar de los pájaros cuando sonó el reloj. Más lejos destacaba el trepidar de una lancha motora que cruzaba la ría. Desde la ventana de la habitación se distinguía en el agua el andar silencioso de unas lanchas a vela y en el cielo volaba, también en silencio, el triángulo incompleto de cinco gaviotas. Distante yacía el horizonte mezclado con miles de colores. Desde allá se arrastraba la llanura hasta llegar al río cercano, cuya agua azulada resaltaba más por la funda parda de la tierra. Entre el río y la casa brillaban las charcas y los esteros inundados por la pleamar. El

verde de los próximos pinos se hacía cada vez más claro, y por el camino que ondulaba entre ellos y que nacía en la orilla del río, subía el viejo hacia la casa.

Todo esto, y más, vio y sintió María Sara cuando se asomó a la ventana. Su sensibilidad de abeja enloquecida se empapó de este mapa que la piel veraniega de la tierra, la profundidad azul del cielo y las aguas le ofrecían generosamente.

El fiel José caminaba como asiéndose al sendero. Por un momento se perdió. Aún tardaría unas horas en venirla a buscar. Todos los días llegaba por ella y bajaban al río.

José se había metido en los establos; estaba aguardando que fuera la hora de ir por ella. Mientras esperaba, arreglando unos antiguos zapatos, recordó algo de sus años idos. Entonces, hacía una treintena de años, había tenido la mejor mula del contorno, una barca más que marinera y una mujer. Una mujer que se murió sin darle hijos, casi al mismo tiempo que la mula. La barca la vendió hasta quedarse pobre. Un día se unió a unos titiriteros; iba al cuidado de la bestia sarnosa que tiraba del carro desteñido y como mandadero para todo lo que se ofreciera. Al mismo tiempo aprendía algunas artes sabidas por aquellos vagabundos. Otro día se separó de la *troupe*, se compró un barquillo, unas castañuelas, unos muñecos y se fue por los pueblos haciendo feliz a los niños. Sólo por aquello debió de ganar el cielo. Los chiquillos lo conocían y acudían al conjuro de una corneta y un rústico megáfono que se construyó. Durante años fue «el viejo de los muñecos»; pero otro día las figuras de trapo, descoloridas, tristes y rotas acabaron de morir, y «el viejo de los muñecos» fue sólo «el viejo». Tuvo que ponerse a mendigar. Mendigando, y ya viejo, había llegado hasta donde ahora vivía. Así, y un poco más, se había realizado su vida en el tiempo.

Ya no le quedaba nada. Ni siquiera ir a uno de los pueblos vecinos a deambular por sus plazas llenas de hombres que charlan y beben comiendo caballas asadas al atardecer. No iba a esos pueblos, agobiados de chiquillos y animales en las calles, porque prefería quedarse allí, junto a ella. Tampoco María Sara iba. Y eso que le gustaba, como a él, conversar con las gentes simples, andar por los pueblos blancos y, más allá de ellos, por las marismas cargadas de salitre. Ahora todo se reducía al río y a sus orillas. A una orilla, porque a la otra casi nunca pasaban, pues las personas que allí vivían les resultaban extrañas, distintas. Y menos aún iban a la ciudad próxima, cuya presencia se hacía latente en las noches calmosas. Lucía, igual que un gusano de luz, titilante, como una tentación nocturna. Los dos, mujer y viejo, solos o juntos, miraban hacia allá y rumiaban, imaginándola, la vida de la ciudad prohibida.

Eran dos existencias diversas, que se habían ido haciendo ajena la una a la otra hasta que la vida junto al río les unió. Ahora marchaban juntos; habían reducido su ámbito vital y tenían la felicidad puesta en las mismas cosas: en sí mismos. Sólo diferían en el cuándo y el cómo habrían de morir. El viejo unía su morir a la tierra, ella lo ligaba al agua. Para José las márgenes fangosas del río constituían una deliciosa tumba, mientras que para María Sara lo era el curso fluvial camino del mar. El viejo hubiera querido que su cadáver fuera empujado fango abajo hasta disolverse; ella soñaba con los ojos del alma la marcha de sus cenizas flotando sobre el río como un loto gris.

Mientras José trasteaba en los alpendes, María Sara ordenaba su habitación. Aquello parecía el dormitorio de una niña: por todos lados había muñecas y libros. Eran sus dos pasiones: cuidar y amar, recordando a aquellas figuras nobles, sin maldades, y leer. Con las



muñecas se entretenía como si fueran seres reales; los libros los sacaba para releer trozos acotados que habían sido los preferidos en el momento de su primera lectura. Recordar y releer, dos cosas que no son propias de la juventud, y, sin embargo, ella, que era joven, lo hacía. Sobre todo recordar, que significa «volver a pasar por el corazón». También —como José— pensaba en sí misma, en su vida. Había querido ser médico, pero no pudo resistir los heridos destrozados. Entonces estudió algo de escultura, que le permitía hacer figuras humanas perfectas, sin miembros rotos. Pero aún más; puesta a optar entre su verdadero ser o el mundo, decidió escoger su yo propio antes que la mundaneidad. Para ello se salió de lo diario y se refugió allí, quedando sola consigo misma. Fue cuando se comprendió perfectamente, y aunque más de una vez le pareció puro egoísmo, acabó descartándolo al considerar que lo elegido era bueno y nada puede serlo si a la vez no lo es para los demás. Su vida se había detenido. Antes marchaba hacia *algo*, como el río, mas un día se había parado y dejado de sentir la alegría del que camina hacia un sitio fijo. El río, sin embargo, no se había detenido y a ella le dolía, porque diariamente le evidenciaba el estacionamiento de su existencia.

Ya llegaba José. Era el momento de bajar al río. José tenía la barba hispica, los ojos siempre semientornados como doloridos por tanta luz, la cara grasienta enmarcada por el pañuelo típico de los hombres de la región. Y una boina colocada con descuido.

Por la noche había llovido, de manera que el agua del río venía enferma por el sulfato de cobre de las minas situadas más arriba del cauce. Cuando llovía y rebosaban los depósitos de Riotinto, la caparrosa y el óxido de hierro se precipitaban en la corriente tiñéndola más que nunca y bajaban hasta el mar repartiendo la muerte entre los peces.

María Sara y José descendieron por entre las pinos. Ella delante, con una blusa blanca, masculina, que hería en la intensa luminosidad mañanera. Unos *blues-jean* y unas sandalias completaban su atuendo. Detrás José, pequeño y presuroso. Serpentearon en torno a las charcas y esteros y llegaron a su orilla, a la izquierda.

Perfectamente se observaba avanzar el agua sanguinolenta sobre la verdosa de lo que allí era la ría. Era como si Dios fuera borrando el curso claro del río a partir de su nacimiento. El agua navegaba tétrica, sin cielo, desangelada. El frente mineral, sucio y terroso, se extendía uniendo ambas orillas y avanzaba despacioso. Montaron en una barca. Sobre el agua quieta, consciente de la tragedia desarrollada en su seno, se movían ya varias embarcaciones recogiendo los peces muertos o agonizantes por efectos del mineral.

El líquido saturado de veneno mataba sin piedad a los desprevenidos peces. Se les veía en la superficie dando vueltas sin rumbo y como queriendo ponerse verticales en el aire y escapar de lo que ya no era su elemento vital.

La primera embajada del agua mortífera era de un color indefinido; en ella flotaban a la deriva hierbas, trozos de maderas y peces muertos panza arriba. Resultaban más blancas que nunca porque el lomo lo tenían cubierto con una capa de tierra rojiza, como óxido. Los que no morían intentaban huir con torpeza. Saltaban y volvían a caer más profundos en aquella agua mortal. Daba pena verlos. Pero ella se entusiasmó pronto en la singular pesca, llena de facilidad. Un cesto le servía para recoger cuantos peces quisiera. Cada momento gritaba de alegría y llamaba la atención a José señalándole donde vagaba un pez moribundo. El viejo remaba de un lado a otro siguiendo las indicaciones. Sobre la superficie de la ría rodaban voces metálicas salidas de todas las barcas. Algunas se iban ya, satisfechas de peces.

Terminaron cansados y tristes. Triste, José; cansada María Sara.

.....

(Los peces tontos han dejado el mar y han navegado río arriba para morir. Ellos han tenido la culpa). Eran estos, como una sacudida de justificación, los pensamientos de José. De sus ojos huía un pesar que se iba posando en los pinos, en el camino, en ella, hasta acabar en los peces que llevaba en un cesto. (Me cuesta ya demasiado esfuerzo subir esta pendiente. Estoy viejo. No sé como ella se alegra viendo agonizar en el agua desleal y endemoniada a estos animales, y como ahora es capaz de comérselos). Seguía pensando José. Y mientras, sentía la congoja del camino, más intensa que otras veces debido al peso de su alma dolida y temerosa, y a la carga que llevaba en una mano.

(Tengo apetito. José muestra tristeza y preocupación. Parece no poder seguirme; cualquier día se muere sin que lo notemos). Pensaba María Sara. (La piel se me pondrá más de color de miel después del sol sufrido hoy). Seguía pensando ella.

Allá abajo, el agua, cargada de muerte y de locura mansa, continuaba hacia el mar sin inquietud alguna.

Durante toda la tarde José no se dejó ver. Llegó y se fue la noche. Brilló la mañana. El viejo parecía no existir. María Sara fue en su busca, pues deseaba volver al río. Lo halló solo, sentado junto al postigo del establo. Apenas se le veía, pero se le oía hablar como loco. Cuando ella le invitó a marchar le contestó que no, que tenía miedo, que le repugnaba. «El diablo es quien mata a los peces —dijo—. El demonio viene disuelto en el agua y no deja ni que los pájaros vuelen sobre el río. Ningún ave desciende a comer de aquellos peces. Todos los años el diablo sale de los pozos mineros, se escapa y baja sembrando la muerte, secan-

do las orillas, enfermando los zarzales, llenando de cadáveres la ría. Era el mismo demonio que ahuyentaba la vida. Tenía miedo. El no quería bajar. El demonio estaba en el agua; lo sabía muy bien; se lo había oído decir a sus padres, y a los padres de sus padres...»

El viejo estaba loco y ya nunca más volvería a los esteros; ni gozaría de los atardeceres malvas; ni se angustiaría pescando; ni se pondría triste viendo las luces lejanas; ni desearía sepultarse en el fango... Desde entonces sólo quiso ser un demonio más de las minas. Era el tema de su demencia. Pero loco y todo se callaba el deseo final de su locura: ser un ente satánico más de las minas que un día bajase por las aguas y cogiese a María Sara, matándola como un pez indefenso.

# *La vieja beata*

LA vieja beata era pequeñita y muy blanca. Los años la habían dejado tan frágil y tan limpia. Tenía unas manos regordetas y expresivas. Siempre iba vestida de negro; y siempre, también, miraba por encima de las gafas, inquisitorialmente.

No asistía a misa diariamente, pero sí los miércoles, los sábados y los domingos. Iba a la iglesia de unos padres cuya Orden vestía hábito blanco. Los frailes la conocían muy bien; y ella, a su vez, los conocía perfectamente a todos. En especial al padre superior, un hombre gordo y sencillote, que para hablarle a los fieles se sentaba en un sillón situado en medio del altar mayor. Desde allí, como si se tratara de un cuento, les explicaba el Evangelio, mezclándolo con incidencias de su vida apostólica en un país extranjero donde había estado varios años. Este número era uno de los que más le encantaban a la viejecita. Sin embargo, no eran del todo cordiales sus relaciones con los frailes.

La razón era ésta: durante años, especialmente en los veranos, luchó la vieja beata porque cambiaran de ropas a tres imágenes que había en un altar de la nave izquierda. Eran una Virgen, un San Juan y una María Magdalena. Al contrario de muchos San Juanes, aquél

lucía un aire muy viril, acentuado por un terrible bigote. Contra San Juan no alegaba nada. Al contrario, le gustaba porque le recordaba al primer novio que tuvo. Había tenido cuatro y se casó con el tercero. Tampoco abrigaba fobia alguna contra la Virgen, ni contra la María Magdalena, cuyos largos cabellos le recordaban los suyos de joven. La Virgen le inspiraba una gran pena; veía en su rictus de amargura el mismo de su madre cuando alguno de sus hermanos aportaba a la casa algún disgusto mayúsculo. Ella tronaba contra los vestidos que las tres imágenes lucían. Eran de telas gruesas, como de armiño, pesadas. Debían de producir un calor infernal. Y por eso, precisamente, le atormentaban tanto en verano. No porque pensara que las imágenes se estaban friendo de calor, no. Sino porque le entraba unas calenturas espantosas sólo de mirar hacia el altar y ver allí a los tres santos, muy pegaditos el uno al otro, como si estuviesen chismorreando. Nunca pudo lograr que los cambiaran de ropas, ni pudo dejar de mirarlos, aunque se mudó de sitio más de una vez. Y eso que enarboló algunas amenazas contra los frailes y su templo. Al fin se dio por vencida y concluyó tomándole ojerizas a la Comunidad y sentándose en un lugar definitivo, que tomó como patrimonio. ¡Ay de quién llegase antes que ella y ocupase su puesto! Lo echaba discreta o descaradamente.

Sentada, ya tenía tiempo para todo. Para todas esas cosas que se hacen en las iglesias. Llevaba tres libros. Dos negros y uno de encuadernación blanca. Primero leía en éste. Al acabar, señalaba la página mediante una estampa bendita que, previamente, besaba. Quien la observó pudo comprobar que la estampa era deliciosa. Representaba a un angelito negro llevando sobre sus hombros a otro blanco con un ala rota. Se quedaba mirando la escena varios minutos, como en éxtasis. Sabbe Dios lo que pasaría por su mente infantil ante el

cuadro de la estampa. A la lectura en el libro blanco seguía la efectuada en los libros negros. De uno de ellos colgaban varias cintas rojas, amarillas, verdes y azules, en cuyos extremos estaban atadas unas medallitas. Las cintas habían perdido bastante de su inicial color y gritaban cuanto habían sido manoseadas en su vida. Mientras la viejecita rezaba, miraba alrededor al percibir cualquier ruido. Controlaba la piedad y comportamiento de sus vecinos, poniendo más atención si eran mujeres. A estas las catalogaba por el aspecto y contenido del bolso. Apenas lo abrían, introducía su mirada dentro de él, llegando hasta el fondo y haciendo una radiografía del contenido que le permitía establecer la calidad de su vecina.

Rezaba, escudriñaba y se abanicaba con un esplendoroso abanico, que semejaba un nostálgico recuerdo filipino y cuyo aire beneficiaba a varios de los fieles situados en el mismo banco. Quizá era el altar mayor a quien prestaba el mínimo de atención. Porque estimaba, inconscientemente, que en ella estaba todo: Dios, iglesia, sacerdote y fieles. Le bastaba con sus misales, con sus rezos, con su rosario colgando y cuajado de medallas. Medallas grandes de plata, que chocaban unas con otras y sonaban a santidad o a cielo. Sonaban sólo para ella. Para ella que creía tener entre sus manos un pequeño campanario de campanas de plata que tintineaban llamándola a rezar.

De vez en cuando a floraba en su alma el deseo de cambiarle el vestuario a los tres santos. Sobre todo en la estación estival. Ocasiones hubo en que decidió abandonar aquella iglesia e irse a otra, pero le atraía el recuerdo de las misas calentitas de invierno y las novenas y rosarios llenos de tibieza en otoño y primavera. Aquella sensación climatológico-piadosa le confortaba más que sus rezos-desahogos.

Mas, su amenaza se cumplió un día. La culpa fue



de sus años y de un nuevo monaguillo que entró a ejercer sus funciones. La cogió con el monaguillo. Desde el primer momento le irritó la manera un tanto agresiva que tenía de contestar al sacerdote cuando ayudaba a misa. A las cuatro veces que presencié una de estas misas, pidió hablar con el Superior. Le rogó, le suplicó, le ordenó y amenazó, para que cambiase al monaguillo, pues aquella no era manera de contestar a un ministro de Dios. El Superior era también viejo, pero no chocheaba tanto. Luego, con la comunidad en el refectorio, se rió contando la entrevista con la beata.

La ojeriza contra el monaguillo era intensa. Un domingo, en misa de once y media, el chiquillo no ayudó, pero le correspondió pedir las limosnas provisto de una gran bandeja de plata. Cuando pasó por la fila donde se sentaba la viejita, ajeno a la tempestad enemiga que dentro de ella se desarrollaba, no cayó en la cuenta que ésta, primero no echó sus tradicionales cincuenta céntimos, y luego, distraídamente, extendió su pierna hasta que el monaguillo tropezó en ella. Cayó hacia adelante, armando un terrible escándalo con la bandeja y las monedas de metal. No se hizo daño, mas percibió la maldad del hecho. La vieja beata apenas se movió y menos aún expresó el contento que interiormente sentía. Se limitó a mirar inexpresiva, inocentemente al chiquillo caído en el suelo, que, con lágrimas en los ojos, la contemplaban en actitud de asombro e interrogación.

Un minuto más y la vieja beata cambió por completo. Porque le pareció ver en el monaguillo al ángel blanco del ala rota que estaba en su estampa bendita. Cuando reaccionó ya el niño se había ido, aunque su presencia se dejaba sentir cada vez que sonaba una moneda en la bandeja. A la viejecita le dolía en la espalda, sobre el alma, el sonido de cada moneda.

Fueron los años. No hay duda. A los pocos días olvidó lo del monaguillo y continuó con su antipatía hacia él. Exigió una vez más la separación del niño de sus funciones, amenazando con retirarse a otra iglesia. No le hicieron caso y se fue.

El otro templo era completamente opuesto en todo. Era enorme, con aires de hangar y dotado de una frialdad protestante. No invitaba a rezar. Carecía de la intimidad del de los frailes. Tenía, además, altavoces que resonaban. Allí la beata sentía poca cosa. En la otra creía ser una parte fundamental de la iglesia y del culto. Tanto, que por este convencimiento era por lo que amenazaba al Padre Superior con desertar. Creyendo que con su desaparición el culto se vendría abajo y Dios abandonaría también la iglesia.

Eran conscientes de este historial sólo el Superior y los frailes de la comunidad. Los fieles habituales conocían de vista a la vieja beata, pero ignoraban su vida. Era de otro barrio. A todos les era familiar; todos estaban enterados a qué misas asistía, en qué banco se sentaba y qué cosas hacía y dejaba de hacer mientras permanecía en la iglesia. Pero nada más. Sin embargo, cuando notaron su falta comenzaron los comentarios sobre ella.

Uno de los hombres de la Adoración Nocturna, empleado de unos almacenes de tejidos, dio algunas noticias sobre ella. Contó que acostumbraba ir a su esblecimiento provista de unas muestras de tela e intentando obtener algo igual. Era el pretexto. Se sentaba muy bien en una silla, observaba a todo el público que entraba, fiscalizaba las compras, preguntaba por las gentes desconocidas, miraba las telas que le traían y al final se iba sin adquirir nada. Esto era natural porque las muestras de tela que llevaba eran de tejidos fabricados hacía muchos años.

En el Secretariado de Caridad, una beata joven con

fisonomía de teresiana, narró que la vieja beata acostumbraba a estar presente en las bodas de postín celebradas en la ciudad. Siempre era posible encontrarla en ellas acompañada de su sufrida cartera negra.

Nadie más conocía algo sobre la vieja beata.

Sí, el Padre Superior se enteró que estaba a punto de claudicar y regresar a su pequeña iglesia. Porque no había dejado de ir a confesarse con él. En las confesiones le contó que en la nueva iglesia experimentaba demasiado frío. Reinaba una humedad que le calaba hasta los huesos, y por más que rezaba y rezaba, a todo tren, no lograba alejar el frío. Además, era tan enorme, que no podía controlar a todos los fieles. Los monaguillos, por otra parte, se mostraban desvergonzados, sin consideraciones. No le prestaban atención ni le tenían deferencias, a sabidas de que era una vieja beata, gruñona, con una religión particular, distinta a la de ellos. Ni siquiera el párroco, un cura recién estrenadito y moderno, le hacía mucho caso.

En una ocasión el Superior comunicó en la sacristía a algunos feligreses que le preguntaron por ella, que la vieja estaba a punto de regresar. Este era uno de los finales que le suponían a la vieja beata: que volvería a su pequeño templo.

El otro final lo contó la beata joven, siempre enterada. Según ésta, un día de invierno salió la viejecita muy mal de la iglesia grande. Llevaba encima una enorme fiebre. Lo demás fue muy fácil: una pulmonía y la muerte.

Lo que nadie supo, ni el Superior, ni la beata joven, era que la tarde en que salió de la iglesia grande con su fiebre, ella creyó en un milagro. Pensó que, en medio del frío tan intenso que atormentaba por aquellos días de Navidad, Dios le había enviado a ella solita aquel calorcito reconfortable y amodorrador. Tan

confortable que apenas llegó a su casa se acostó y se durmió. Cuando despertó estaba delante de Dios y de los angelitos, el blanco y el negro. Ambos tenían la cara del monaguillo odiado... La vieja les sonrió.

# *Cuento de un hombre*

**H**AY personajes que pasan por la vida dejando en herencia un rico anecdotario. Don Alfonso, sin apellidos, era uno de estos tipos. Ahora bien; había que concebirlo unido a otras dos personas: a su mujer y a Miguelito. Dentro de su casa don Alfonso tenía que contar con doña Josefa, su esposa. Para todo. Fuera, en la calle, formaba binomio con Miguelito. Miguelito elogiaba a don Alfonso en las virtudes que no tenía. Este papel lo hacen muchas personas, pero no sabemos aún como se denomina. La vida de don Alfonso era venero para muchos cuentos y novelas. Cuando la narraba, Miguelito asentía a todo y actuaba de «amenista» como dice Gracián. Oportunamente acudía al quite, daba una fecha, procuraba una palabra, completaba una frase, o introducía una carraspera. Así don Alfonso podía proseguir charlando y dando la sensación de que iba a tragarse el bigote. Un bigote estilizado que adquirió cuando llegó a la ciudad. Porque don Alfonso procedía de un pueblo donde actuaba como Secretario de Juzgado. Un funcionario pintoresco, que se pasaba las horas en el Casino jugando al pinnacle, al dominó o al tresillo y que cuando algún padre alborozado o pesaroso aparecía en su busca para comunicarle

el nacimiento de un hijo, él lo anotaba en los puños almidonados de su camisa. Allí mismo llevaba la cuenta del juego. En su físico no había nada extraordinario; si algo resaltaba era la sensación de tipo nacido para usar cuello duro, pero no lo usaba. En cambio no tenía aspecto de fumador de puros, y los fumaba.

El paso del pueblo a la ciudad lo determinó la guerra. El pueblo no sintió los efectos de la lucha, pero sí el de la corrupción que siguió a la postguerra. Muchos que eran pobres se hicieron ricos. Muchos que eran ricos se hicieron pobres. Otros que eran buenos pasaron a ser malos. Algunos que nunca habían hecho algo, lo hicieron entonces. Don Alfonso experimentó todo: de pobre a rico; de bueno a malo; de vago a diligente. De modo que pudo adquirir dineros en negocios más o menos sucios. Y como tenía dos hijas casaderas y un hijo educable determinó comprar unas casas y pasar a la capital. Además le asqueaba ya el ambiente del pueblo donde el vicio y el juego intenso habíanse desarrollado sobre una boyante base económica de maíz y aceitunas. Y allá se fue.

Miguelito se encargó de relacionarlo y hacerlo socio de un mediano Círculo.

Ahora es cuando comienza nuestro cuento. Uno de los muchos que podríamos extraer de la vida de don Alfonso.

Sucedió que don Alfonso se fue a vivir a una de las casas que había comprado en la ciudad. La casa estaba en una calle estrecha, y enfrente mismo, se alzaba la Escuela de Comercio. Hasta aquí nada hay de particular en lo hecho y dicho. Mas bien hemos de anotar que don Alfonso se alegró de tener tan a la mano el centro docente. Por las noches, metido en la cama con doña Pepa, comentó la posibilidad de que las niñas hallasen novio en la cantera humana de la Escuela de Comercio. Donde, además, podría estudiar el único va-

rón de la familia. Hay que aclarar que el traslado del pueblo a la ciudad se hizo en septiembre, cuando aún la tarea escolar no había principiado. Eso permitió casi un mes de descanso e ignorancia de lo que representaba la cercanía del nido estudiantil.

Pronto lo supo. Y ya entonces los diálogos nocturnos no tuvieron el sentido iluso de los anteriores. Se había desechado que el niño estudiase comercio; y menos aún se pensaba que las chicas llegaran a ser novias de uno de aquellos cafres. Porque desde que el curso comenzó dio la impresión de que el infierno había arribado a la casa. Aún en octubre don Alfonso dormía con los postigos abiertos, pero cuando precisamente el primer día de clase fue despertado por una algarabía endiablada y por una manzana que cruzó de la calle a su lecho pasando por uno de los postigos; desde entonces, repetimos, le cobró un odio sordo a la turba estudiantil.

Esta pronto entró en el zaguán de don Alfonso e hizo allí cosas dignas de otros sitios e indignas de cualquier sitio. Por ejemplo: los muchachos emborraron las paredes con raíces cúbicas, reglas de tres y lemas tipo *the time is money*. Algunas chicas, por su parte, adornaron buenos trozos con la huella roja de sus labios. Quizá fuera un mensaje o una prueba destinada a comprobar qué número de labios calzaban. Aquello era intolerable. Los hijos de don Alfonso se divertían, pero su padre no atinaba a impedir el decorado de su fachada y de su zaguán. Miguelito, fiel *ad latere*, le aconsejó que hablase con el Director de la Escuela. El mismo le acompañaría para proporcionarle los adjetivos que le faltasen en su acusación. Dicho y hecho. La entrevista no fue muy cordial dado el fuego de don Alfonso en sus palabras. A Miguelito le llegaron a faltar adjetivos, de tal manera que el discurso quedó interrumpido varias veces. No obstante, el Director asegu-



ró cortar la «ola de gamberrismo». Así la había calificado don Alfonso con la ayuda de Miguelito que le soltó lo de «gamberrismo» cuando el otro se quedó cortado en la «ola de...», sin saber de qué era la ola.

Al siguiente día apareció en el tablón de anuncios una orden prohibiendo a los alumnos hacer alardes de sus facultades pictóricas y no pictóricas en las paredes de la Escuela y casas vecinas. Fue como si lloviera en el mar. Las operaciones matemáticas y las huellas de carmín se vieron enriquecidas con dibujos artísticos, algunos obscenos, y con caricaturas de don Alfonso. Este bombardeó al Gobernador, Alcalde y directores de prensa con cartas acusatorias. Mas no obtuvo respuesta.

Mientras los disgustos en el hogar de don Alfonso arreciaron porque la masa escolar, consciente de lo que sus faenas significaban, agudizaron y aumentaron sus intervenciones. Don Alfonso llegó a ser un personaje entre ellos. Y no vacilaron a veces en zaherirle en la misma calle, haciéndole burlas.

Lo que hizo fue idea de Miguelito: una tarde llegó don Alfonso a su casa en compañía de un fotógrafo profesional. Le ordenó tomar varias placas de los dibujos hechos en el zaguán. A los dos días ya tenía media docena de los originales revelados. Habían resultado magníficos. No cabía la menor duda de que el autor de aquellos torsos, desnudos griegos y paisajes, era el mismo. Localizado y efectuado en él un duro escarmiento acabaría la campaña pictórica.

Con sus fotos, con su mejor traje y con un breve, pero exacto discurso, se fue al Gobierno Civil. Pretendía ver al Gobernador. Lo consiguió. La primera autoridad civil apenas vio las fotos mostró interés por el caso y le aseguró que tomaría una rápida medida.

En efecto: don Alfonso se dedicó, satisfecho, a esperar los resultados de las medidas gubernamentales y a contar su charla con el Gobernador en el Círculo.

Saboreaba la venganza. Pero su entusiasmo decayó cuando al cabo de los días los alumnos proseguían sus fechorías y las medidas del Gobernador no se dejaban sentir sobre ellos. Entonces se fue de nuevo al Gobierno Civil, mas no logró ver al Gobernador. En cambio consiguió enterarse de algo que casi le vuelve loco: el Gobernador había citado al Director de la Escuela de Comercio, le había mostrado las fotos de los dibujos rogándole que trajese al autor, pues tenía sumo placer en concederle una beca al muchacho con el fin de que alternase las clases de comercio con las de pintura.

Aquello era el colmo. Y aquello fue lo que determinó, aunque nunca lo dijo, que don Alfonso vendiera su casa y se fuera otra vez al pueblo. Sigue como antes: jugando en el Casino; contando sus experiencias de la capital; interesándose en las cosechas, envejeciendo...

Ahora, como antes, los trajes se los hace la costurera del pueblo; pero ordena a doña Josefa que le cosa las etiquetas de tres trajes que le confeccionaron sastres de la capital. Por eso: por las etiquetas de sus trajes, se distingue don Alfonso del médico y del farmacéutico.

# *El pantano sin Dios*

**D**ENTRO del valle sólo se extendía y alzaba un pueblo. Dos brazos de montañas bajaban de las cumbres, lo flanqueaban y seguían su ruta camino del sur sin hacerle caso. Tampoco le prestaba mucha atención la carretera. Esta venía del sur, contra las cordilleras y zigzagueando por la cintura de una de ellas. Al llegar a la altura del caserío se descolgaba, descendía hacia el valle y se acercaba al pueblo tocándolo apenas en uno de sus extremos. Sin querer, lo desequilibraba. Las casas se esparcían en forma de T. Un brazo lo formaba la carretera general y los hogares que, curiosos, se asomaban a ella. El otro brazo era vertical a la carretera y conducía directamente a la plaza y a la Iglesia, adosada a un costado. De este brazo principal o calle Mayor, partían derivaciones. El desequilibrio radicaba en que Plaza e Iglesia no centraban la vida del pueblo. El centro vital, donde los hombres se veían y trataban, donde las muchachas paseaban y buscaban novio, estaba en la unión de la carretera general y la calle Mayor. Giraba la vida en este núcleo, en torno a los surtidores de gasolina, las dos principales barberías, la fonda, la Sociedad de la Nueva Amistad... En escasos metros cuadrados se ventilaban el diario queha-

cer del pueblo y todos los posibles, falsos y exactos chismes.

Quizá aquella disposición urbana determinó también el clima espiritual que inundó a los habitantes. En años atrás, cuando el pueblo era más pequeño, la Iglesia quedaba más cerca de todos. El hito de su torre dictaba la simetría y cohesionaba las almas. Todos los hombres oían por la tarde el Angelus y se destocaban religiosamente inclinando la cabeza. La torre los estaba viendo. Pero el pueblo creció y la Iglesia se fue alejando. O, mejor dicho, los hombres se distanciaron de ella. Ya no oían, o no querían oír, el Angelus, ni las llamadas mañaneras a Misa. Escuchaban mucho mejor el reloj del Ayuntamiento indicando otras horas, o el motor de los coches que llegaban y pasaban veloces.

No obstante, un grupo prosiguió atento a Dios cuando sonaba en las campanas de la torre y continuó admirando la habilidad del monaguillo para repicar en los bautizos y doblar en los entierros.

Opuesto a este sector, fiel a la Plaza y a la Iglesia, se alineaba el otro que moraba en torno a los surtidores de gasolina. La desarmonía urbana estaba en relación con la espiritualidad. Y la carretera, no hay duda, había sido la culpable de esta indiferencia. Por más que la torre se esforzó en agrupar uniformemente a su alrededor al pueblo, no lo consiguió. Una gran masa de casas con sus habitantes cayó fuera de su radio de acción. El vivir de estos hombres no se desenvolvería en la plaza, y el cura no sabía actuar fuera de ella o lejos de la sombra de su campanario. Ignoraba adaptarse a aquel mundo cobijado en torno a los surtidores de gasolina y poseedor de otra mentalidad. La solución, quizá, estaba en edificar una Iglesia pareja a la existente y en el extremo de un eje formada por ambas. Pero antes de que llegara la solución, ocurrieron muchas cosas.

Al margen del pueblo, de Iglesia y surtidores de

gasolina, estaba la pequeña plaza de toros. Allí sí que se citaban todos para desbordarse en alegría o explayar los instintos desde las gradas del ruedo. También coincidían todos en el cementerio, aunque iban muertos.

Las diferencias de ánimo comenzaron a aflorar y se dejaron sentir en una ligera dosis de recelo que dominó a los hombres. Ya no se miraban de frente. Ni se saludaban como antaño. Ideas políticas los distanciaron más. Por si fuera poco, ni los campos ni el cielo se mostraban bondadosos. En dos años sucesivos semejó que únicamente se había dado un continuo verano. Las tierras se secaron. El río que bajaba de las cumbres adelgazó. Con crueldad agostadora, el sol golpeaba los sembrados dejándolos yermos. Algunos hombres huyeron y muchos animales sucumbieron. Algo más terrible cayó como un cáncer por las tierras: la filoxera. Nadie sabía si era un castigo de Dios o un remedio para acabar con aquella diferencia espiritual que dividía a los hombres. Muy pocos fueron quedando en las casas, porque la miseria los empujaba fuera. Los campos se transformaron en eriales.

Un día aparecieron hombres del Gobierno. Eran pocos. Hablaron con las autoridades y les participaron que venían a terminar con la desesperación que afligía a todos. Después se presentaron más hombres del Gobierno. Recorrían las tierras de un lado a otro examinándolas y utilizando aparatos extraños. Pronto se supo que el Estado planeaba alzar un pantano en cuyo centro iba a quedar situado el pueblo. Llegado su día, habría que desalojarlo. Era el único remedio posible para devolver a las tierras circunvecinas la feracidad perdida.

Los hombres del pueblo que quedaban y otros muchos que vinieron de lejos trabajaron durante años alzando el gran muro de contención encargado de acabar con la vida del río. Una cordillera fue cosida con otra

mediante el enorme dique. Costó vidas y más dinero del previsto. Siempre sucedía así. Desde el pueblo no se divisaba ya el horizonte sureño tapado por el gran murallón gris que amenazaba ocultar el cielo.

Las obras acabaron. Más allá del dique, dentro del mismo valle, se había edificado otro poblado de planta ajedrezada. Sería la morada de los que hasta entonces vivieron en el pueblo que desaparecería dentro del pantano, sepultado por las aguas. Así fue.

Otro día se deshabitó el lugar. Nada se destruyó. Se dejó intacto. El cura no quiso llevarse ni las campanas. Aunque era un sacerdote contaba con un poco de superstición y no se había detenido en echarle la culpa del fracaso espiritual a las campanas. Decía que no sabían llamar al vecindario.

Una tarde desalojaron el pueblo sus últimos habitantes. Se habían resistido a marchar. No pertenecían a ninguno de los dos núcleos establecidos en la vida pueblerina. Eran un pastor y su hijo. El cura los convenció y los vio partir por el cauce de los senderos, sembrando de algarabía el atardecer y ensuciando el paisaje. El ganado, lleno de esquilas, ladridos y angustiosos balidos, corría acosado por un perro que azoraba a las ovejas, colgándose de sus amarillosas lanas. Iba rápido, como temiendo la llegada súbita de las aguas. Detrás, casi corriendo, marchaba el hijo bobo con una ovejilla a cuestas, riendo inconsciente en la paz del crepúsculo. Su padre, el pastor, le llamaba y le indicaba el rumbo hacia las cumbres donde nacían las aguas. Fueron los últimos en abandonar el pueblo, y ya no se les vio nunca más.

Sin prisa las aguas se acumularon y cubrieron las casas. Bastantes hombres se sintieron tranquilos y desahogados —sin saber por qué— cuando el campanario desapareció bajo las aguas. Un nuevo espíritu informó a las gentes. Las tierras sonrieron y dieron cumplidos

frutos. Sin embargo, al otro lado del dique, encima de las aguas del pantano, había algo suspendido. Parte del antiguo valle se transformó en un gran lago sobre el cual, como en el Génesis, parecía flotar un espíritu maligno, no el de Dios. Por ello los hombres se lamentaban de no haber destruído el pueblo por completo.

A un año sucedió otro. Y a los hombres que alzaron el dique y el nuevo pueblo, sucedieron sus hijos. Una mañana sintieron llegar la guerra. Todos la presentían hacía tiempo. Era una guerra que comenzó a sembrar odios y a llevarse la juventud. Unos volverían, otros no. El peligro fue un habitante más del pueblo. Lo que temieron durante muchos días llegó por fin: había que dejar los hogares, pues el dique iba a ser destrozado por los enemigos o por ellos mismos al retirarse. El éxodo comenzó de nuevo. Los hombres evocaron el primer traslado del pueblo, cuando eran niños. Los niños sintieron miedo.

Una noche el agua del pantano, tantos años contenida, se desató locamente valle abajo arrasando el segundo pueblo y llevándose infinidad de cosas en sus turbias ondas. El pueblo desaparecía y otro volvía a aparecer. Espectralmente fue surgiendo el caserío sumergido durante muchos años. Lucía como hecho de barro, fantasmal. Era horrible. Semejaba la momia de un poblado.

Detrás de las aguas y de los hombres que huían hacia el sur, llegaron los enemigos vencedores y nuevos propietarios. Los que arribaban no tenían donde cobijarse por lo pronto. Esperaron hasta poder hacerlo en la localidad guardada en el seno de las aguas pantanosas. Todo se arregló. Sonaron las campanas y las calles se llenaron de vida. Los campos, debido al humus depositado por las aguas, se mostraron ubérrimos. La línea de la guerra se alejó cada vez más. Los nuevos habitantes, traídos como repobladores, comenzaron a



amar a su pueblo, cuyo pasado acuático les atraía. Pero un día; casi de improviso, la guerra regresó, los cercó, y no les dejó huir. El lugar cayó en poder de sus antiguos propietarios.

Represalias y acusaciones abrieron brecha en la población. En las madrugadas sonaban descargas en la plaza de toros. Los fusilados eran enterrados bajo la misma arena del ruedo. Fueron muchos los que cayeron en las mañanas frías mirando hacia el dique cuya panza rota, piadosamente, les dejaba ver el cielo.

Un mediodía se enteraron que la lucha fratricida había terminado. Los hermanos habían dejado de luchar con los hermanos; pero la gran familia quedaba destruída.

Al cementerio seguían yendo todos al morir. Pero a la plaza de toros sólo iba la mitad de la población. La otra mitad tenía a sus hermanos enterrados bajo la tierra donde pateaba el toro. La dicotomía era horrorosa. Al principio nadie se dio cuenta; mas, a lo largo de los días, estaban todos conscientes de la diferencia y de la causa separadora. Los mismos que iban a la plaza de toros fueron dejando de gritar y comenzaron a mirarse acusadoramente. La plaza perdió alegría y se convirtió en una concentración de hombres torvos cuya conciencia se les escapaba por los ojos. Nadie tenía humor. Todos recordaban las madrugadas todavía cercanas. La fiesta tuvo que cesar porque nadie iba a la plaza de toros.

Consumido el fertilizante decantado de las aguas, los campos menguaron en su producción. Dios volvía a alejarse de las sementeras y de aquel pueblo dividido y próximo a caer en la angustia más atroz.

Como tantos años atrás el Estado solventó el problema. Dentro de los planes de la postguerra caía el reconstruir el dique destruído y sumergir nuevamente al poblado. Lo que no se podía soldar era el boquete es-

piritual abierto en los habitantes por la guerra. Allí estaban aquellos; mirándose una mitad a la otra con odio y ánimo de desquite. Deberían pasar muchos años para que los dos bandos se volvieran a amar y juntos formar una sola familia que gozara en la plaza de toros. Por lo pronto, eran compelidos a desalojar el villorrio y dispersarse buscando otros hogares. Nuevo éxodo. Mientras se marchaban, sin mirar para atrás, las aguas subían y el pueblo regresaba otra vez, solo y maldito, a su tumba de agua.

# *El hombre del petrolero*

DEBÍA tener muchos años el anuncio de aquel bar semi-cabaret. Apenas se adivinaba *Dakota Bar*. Frente se alzaba el Bar *Cero+Cero*, más moderno, amplio y frecuentado. Al lado estaba *El Tropical*, un cabaret.

Un hombre procedente de los muelles se quedó un momento indeciso entre los tres locales; dudó por cuál decidirse. Le atrajeron las puertas del *Dakota Bar*, semejantes a las puertas que se ven en los garitos de las películas del Oeste, que muestran la cabeza y los pies de los clientes, y se abren en cualquier dirección de un manotazo. Le inclinó acaso también las notas de una canción sueca, de su país, llamada *Högt uppe pa berget* cantada por Alice Babs.

Cuando entró vio sólo a un hombre sentado en un trípode, que en difícil español decía a una de las chicas empleadas: *En lo alto de las montañas*. Era el título traducido, del disco que acababa de oírse. Otra mujer, de espaldas, manipulaba en el *pick-up* poniendo la segunda canción de la placa *The sma Froknar med Frakner*. «¿Dónde está la tercera?», interrogó alegremente el hombre que acababa de aparecer. La muchacha del *pick-up* tuvo que cambiar la acostumbrada pregunta: ¿qué desea tomar? por «¿qué tercera?». Lo hizo deste-

rando toda amabilidad en su voz, mas el hombre no pareció darse cuenta, y le replicó: «la tercera señorita». Y añadió: «es que la canción que escuchamos ahora se titula *tres pequeñas señoritas*, y como veo sólo dos en el bar...». «¡Ah!», dijo la mujer, y sonrió.

El extranjero volvió muchas veces. Volvió porque conoció a la tercera señorita. Y le gustó.

Aparecía con regalos de productos extranjeros que llenaban de felicidad a Mary porque podía presumir ante sus amigas de tener perfumes y ropas mejores y distintas. Las canciones del disco sueco siguieron oyéndose cuando el hombre aparecía.

Desde entonces los días pasaron. Al acercarse la Navidad el hombre extranjero dejó de visitar el local. Una noche, el 22 de diciembre, las chicas cuyo turno se prolongaba hasta las nueve desarrollaban una afanosa actividad. Levantaron un árbol de Navidad e intentaban componer con letras plateadas un *Felices Pascuas* que serviría de fondo al árbol. Proyectaban colgarlo sobre la pared, ocultando una pintura mural que representaba un velero antiguo en medio de los hielos. A la izquierda, casi sobre la puerta que daba al W. C., un faro pintado guiñaba su luz.

Mary —la tercera señorita— se aburría aquella noche. Apenas había clientes. Sentado estaba un limpia-botas, charlando con el único camarero del Bar. Junto a ellos, con una cara que transpiraba idiotez, permanecía Pepillo, el semibobo oficial del barrio, el que se encargaba de hacer desaparecer todas las colillas nacionales y extranjeras del suelo, y que se reía por nada mostrando unos dientes sucios.

Dos hombres llegaron y se situaron en los trípodes que estaban junto a don José. Pidieron ron con Droper-Cola. Don José tomaba café de pie, y en aquel momento preguntaba a Mary por el flotador del W. C. Lo hacía como si fuera de la casa. Quizá fuera amigo de doña

Michelle, una francesa gorda, dueña del negocio, que en su tiempo debió de moverse mucho. Precisamente, Mary hablaba en aquel momento por teléfono con ella y se enteraba que esa noche no vendría. Cuando colgó, contestó a don José lo del flotador y volvió a tomar el auricular para pasárselo a uno de los dos hombres últimamente llegados. Este marcó y se puso a charlar con una mujer. El hombre, que parecía ser marino de guerra, hacía esfuerzos por convencer a la mujer que le oía, instándola a que se desplazara al muelle. «Ven —le dice—. Te espero junto al barco. He de zarpar a las dos de la madrugada». Ahora le contesta ella; la cara de él es bastante expresiva. Vuelve a hablarle y le dice: «Destino Estado Mayor, Comandancia. Volveré en enero».

Cuando el desconocido terminó de hablar se oyó de nuevo la música del *pick-up*. A Mary los trozos de la conversación y la expresión cínica del marino le angustiaron. Creyó ser ella la mujer que estaba al extremo de la línea telefónica y se sintió acudiendo a una cita en la que nunca encontraba a quien la citó. ¿Quién la citó en la vida?

Pepillo, el idiota, se acerca al mostrador y con aire de beatitud oye la melodía de discos traídos de los barcos extranjeros. Le gusta mucho la música; tanto que se olvida de recoger las colillas y acaba sentándose como el que más junto a la barra, hasta que llega un cliente y de un empujón lo vuelve a la realidad de su vida.

Este que acaba de echarlo ahora de su asiento es un sueco fuerte y rubio como es de rigor, que se adorna con una llamativa camisa. «Hola, guapa» —saluda—. «Hola, casi guapo» —le contestan—. «A mí me gusta un café con leche por amor de Dios», es lo que dice, riéndose, para que le sirvan. Y Mary, también riéndose, le pone el café.

Tres hombres más, extranjeros, acaban de hacer

acto de presencia. Son ingleses, de un *Castle* que acaba de atracar procedente de Sudamérica. Traen diálogos de otros puertos. Pero estos no van al mostrador, sino que se sientan en torno a una mesa. Piden anís. Les sirve el camarero, que le dice a Mary: «Ya tenemos tres de esos». Se refiere a que los ingleses llegados son invertidos. Mary se divierte con ellos, observándolos sus caras maquilladas, preguntándoles qué cremas usan y oyéndoles llamarse unos a otros *my sister*. Pero esta noche Mary no tiene ganas de bromas. Espera al hombre del petrolero que no acaba de llegar. ¿Se habrá ido ya?, piensa.

El sueco rubio, que es un *desembarcado*, uno de esos que en una juerga perdió su barco, sabe algo de la historia desarrollada entre Mary y su compatriota, tripulante de un petrolero atracado hace días en los muelles. Le nota preocupación a la muchacha y le interroga; pero ella no contesta. «Seguro que ha zarpado» —le dice—. «Y que te ha escrito un papelito donde se lee: *Kom du back snart*. (Volveré pronto)». «¿Qué dices, tonto?», le contesta la muchacha irritada. «Habla en cristiano, que ya tienes derecho a hacerlo, con todas las mujerzuelas del Puerto que has tratado». El sueco se ríe y se dedica a contemplar la foto de un barco extranjero colgada en medio de botellas, sobre la cafetera-exprés, que un marinero sentimental y borracho dedicó una noche a doña Michelle.

Casi al mismo tiempo penetran dos individuos más. Ninguno es el que espera Mary. Uno es un inglés que trae en la mano un paquete de mantequilla. Se lo da a Mary con encargo de entregarlo a la dueña. Luego se va. El otro es un jorobado español que resulta más grotesco en contraste con el sueco rubio.

Ya se han ido el hombre que habló por teléfono y su compañero. Ahora se va el limpiabotas en busca de clientes al *Bar Canadá* o al *Tamarán*. Son cerca de las

ocho de la noche. Dentro de un momento llegarán Lolita, Merchi y Carmela, las tres muchachas que sustituyen a Mary y a sus dos compañeras hasta la madrugada.

La primera en llegar es Lolita. Se entusiasma cuando ve el Arbol de Navidad. Es muy flaca; parece enferma. Tiene el pelo oxigenado y una tristeza en los ojos que corresponde a la vida que lleva. Acaba de llegar del sur de la Isla, de la playa de Maspalomas. Ha ido con otras compañeras y unos amigos a las orillas sureñas donde han pasado una tarde algo orgiástica, en medio de las palmeras. Trae de Maspalomas cansancio, hastío y las manos llenas de corales que, infantilmente, deposita al pie del Arbol. A pesar del cansancio habla mucho. Mary, que se va ya, apenas le presta atención. Pero Lolita habla y habla para las mujeres y los hombres que están en la barra: don José, el sueco, el jorobado, el camarero y Pepillo, que ha vuelto a sentarse en el trípode.

Pero Lolita no habla de la tarde que ha vivido, sino de la muerte de un señor vecino suyo. «A la de enfrente de casa —dice— se le murió el padre. Yo fui a la casa, mi niña; pero ¡qué pena! Ni lloraron ni nada. La hija se durmió junto al padre muerto y ni se enteró cuando se lo llevaron. Aquello no era un velorio». Don José se ríe y piensa: «Esta chica debe pasar hambre». El sueco se aburre oyendo cosas que no comprende. Las compañeras y el camarero se ríen; y Pepillo goza porque él también ama los entierros. Así como no se pierde el atraque de todo barco que entra en el puerto, tampoco se pierde el desatraque de esta vida de los vecinos que se mueren. El jorobado no es partidario del humor macabro mostrado por las mujeres y se va.

Mary intenta una vez más la marcha. Hace rato que no se decide. Ya sus compañeras se han ido. Pero ella cree aún que el hombre del petrolero vendrá esta



noche, según le prometió. «Es curioso», recapacita. Le llama siempre *el hombre del petrolero*. No ha podido aprenderse su nombre a pesar de sentir que lo quiere.

Ya han llegado Merchi y Carmela. Don José da las buenas noches y se retira. El sueco también se va. Y Pepillo, que va al *Bar Canadá* en busca de colillas magníficas, inicia la retirada. El *Canadá* es muy frecuentado por los ingleses y no hay duda que el *Castle* ha vomitado bastante tripulación esta noche. El suelo, imagina, será una delicia de *Lucky, Phillips, Vicerroy, Craven, Pall-Mall*, etc. Le encantan especialmente las colillas de *Craven* y *Du Maurier*.

En el *Dakota Bar* quedan tan sólo los tres ingleses de la mesa y un borracho que acaba de llegar, sentado se dedica a imitar la radiación de un partido de fútbol. Por un momento Pepillo duda entre quedarse para oír al borracho o irse al *Canadá*. Se va.

Mary sigue remisa en partir. Pero ya hace casi una hora que debió marcharse. Las amigas le gastan bromas.

Cuando Pepillo salió a la calle casi tropezó con alguien que estaba parado en la acera. Era el hombre del petrolero. Había bajado de las callejas de arriba, sórdidas y oscuras, que olían a comida pobre. Se detuvo junto al Bar dudando entre seguir o entrar. No era la duda de la primera noche. Fue entonces cuando Pepillo tropezó con él. Pareció que iba a suceder algo, pero no sucedió. El hombre decidió no entrar y retrocedió perdiéndose en la oscuridad. Cuando se alejó, Mary había decidido irse. De haber salido dos minutos antes lo hubiera encontrado.

La muchacha caminaba casi automáticamente, pensando en el día que él le había propuesto casarse. El, un hombre extranjero, le rogó que le quisiera y que se fuera en su compañía a su país, a su ciudad. Cuando se lo dijo ella, sólo le preguntó si irían a vivir a orillas del

mar. No podía pasarse sin él. Amaba precisamente a su ciudad, a su isla, aunque le angustiaba lo lejano que se encontraba del resto del mundo, porque siempre se contemplaba el mar. Le encantaban las calles del puerto porque, aunque acaban al borde del océano, para ella se prolongaban mucho más allá, a través del mar, librándola del aislamiento y llevándola lejos.

No sabía, mientras pensaba esto, que aquella noche se alejaba el petrolero. Era una noche en que debía haber luna llena, de diciembre. Mas no se notaba porque un cielo entoldado lo impedía. Desde la tardecita se puso el ambiente desagradable. Al anochecer cayeron unos chaparrones tropicales que refrescaron algo el ambiente; pero a las nueve el aire volvía a ser tibio y excitante. Hacia las cumbres todo era de un gris plateado; hacia el mar reinaba la oscuridad destrozada por algunas luces titilantes de barcas pesqueras. Olía a salitre más fuerte que nunca.

Por la plaza de Manuel Becerra apenas transitaban personas en aquella hora. Eran las nueve de la noche. Las guaguas-autobuses llegaban regularmente al Puerto de la Luz y arrancaban rumbo a Las Palmas llevando pocos viajeros. Del *Canadá* y de otros cafés se escapaba un regular murmullo y chorros de luces que aportaban un poco del que había dentro. Daban ganas de entrar.

Mary comenzó a cruzar la plaza para adentrarse en los muelles. Debía marchar hacia Las Palmas, pero un impulso extraño la obligaba a dirigirse hacia allá y comprobar si el petrolero seguía amarrado. Cuando estaba en medio de la plaza le llegó, desde la Iglesia de Nuestra Señora de la Luz, la oración difundida por altavoces que se rezaba dentro. El aire le arrastró la voz del sacerdote y claramente oyó: «Dios te salve, María, llena eres de gracia...» Apenas se acordaba ya de aquello. ¡Hacía tanto tiempo que no rezaba! Pero pudo ter-

minar la oración. Y mentalmente, mientras se perdía entre unos montones de madera y se aproximaba al barco, fue repitiendo: «llena eres de gracia...».

Fue a los dos días cuando la prensa habló del cadáver de una joven hallada hacia el sur de la ciudad, en las rocas de la Mar Fea. Correspondía a una mujer no identificada. Se le halló desnuda y algo destrozada. La policía pensó que era una extranjera arrojada desde algún barco en ruta porque apareció con los brazos atados a la espalda mediante unos sostenes de nylon en los que se leía, bajo el pecho izquierdo: *Made in Sweden*.

En el *Dakota Bar* relacionaron la desaparición de Mary con la marcha del petrolero. Durante meses aguardaron la llegada de una carta, con sellos suecos, donde Mary les hablase de su felicidad. Pero la carta no llegaba, ni llegaría nunca. Y el único recuerdo que restaba en el bar de la muchacha era el disco *Högt uppe på berget* cantado por Alice Babs. Pero también este vínculo desapareció cuando, una noche, un marinero nórdico y borracho rompió la placa.

# *El Obispo y el campanero*

**E**L Obispo se despertó lentamente, con cierto placer, arrullado por el repicar de las campanas de la Catedral. Era muy temprano, pero no importaba. En aquella tierra el clima era un regalo de Dios a los nativos, que estos habían decidido compartir con europeos nórdicos. Esta última idea terminó de despertar destempladamente al Obispo. Pero las campanas catedralicias colgadas de la torre cercana (¿qué torre era, norte, sur, este u oeste? Nunca lo había sabido) le devolvieron la placidez que sentía todos los amaneceres acunado por el bronce. El campanero, un sencillo y fiel servidor —pensaba el Obispo— volteaba con artesanía las campanas sacándoles un ritmo único. Era toda una melodía la que descendía de las alturas hasta su austero dormitorio y se colaba por las calles de la casi desierta ciudad. Era tal la artesanía de las campanas que un músico francés se había inspirado en ella para una de sus composiciones. Lo que no llegaba al dormitorio episcopal era el aletear de las palomas, despertadas bruscamente, y el paso rápido de algún madrugador que iba hacia la parada de autobuses cercana para dirigirse al otro extremo de la ciudad donde tenía su trabajo. Pronto, en el cercano puente que cruzaba el lecho de un se-

co, histórico y feo río, comenzarían los vendedores de periódicos a pregonar su mercancía con palabras casi ininteligibles, de las que sólo se entendía la última sílaba. Los cafetines cercanos, abiertos desde la madrugada, acogían a los madrugadores. Otras campanas de iglesias en torno dejaron escuchar su voz y alguna que otra beata se dirigía hacia ellas.

El campanero de la catedral había dejado de regalarle a la ciudad soñolienta y al Obispo su concierto matinal. Por eso se fue en busca del pertiguero, un tipo flaco, algo encorvado, con cara aquirotada llena de arrugas y vestido con una sotana ajada y desteñida, bastante holgada en la gorguera blanca. Era un tipo triste, pícnico, al revés que el campanero, que con aquella pértiga, mitad báculo, mitad azote, para echar a los perros de la catedral, le había valido el retrato y la escultura-caricatura de artistas locales.

Campanero y pertiguero entraron un momento en el coro donde algunos canónigos semiprolongaban el sueño y el gran órgano se disponía a dejarse oír, según denunciaba una luz encendida en lo alto y una figura que se movía alrededor. Visto esto, y divisado el sacristán que con dos monaguillos preparaba el altar mayor, campanero y pertiguero salieron de la catedral y bajaron hacia la gran plaza central del mercado, donde camiones y hombres del interior aportaban el olor de verduras y frutas, tabaco y ron, y un aire rural en sombreros negros, camisas manchadas de savia de plataneras, chaquetas con brazaletes negros y barrigas prominentes sobre cinturones que sostenían unos pantalones algo caídos. Limpiabotas, vendedores de periódicos, amas de casa, algún cura, conductores de autobuses, empleados de los establecimientos cercanos y floristas pululaban por las estrechas calles que llevaron a los compadres —lo eran— hacia su habitual bar para desayunarse un alto vaso de café con leche acompañado de largos

churros. Campanero y pertiguero se enfrascaron en una conversación relativa a sus respectivos sueldos. Con lo que ganaban no podían vivir sus familias. Imposible darles de comer, vestirlos, calzarlos y facilitarles escuelas... Mientras...

El Obispo terminó de vestirse. Su solícito familiar le esperaba para ayudarle en la misa ofrecida en la capilla privada. Sólo asistían los dos y una monjita encargada de las tareas domésticas en la casa episcopal. Luego, el Obispo desayunaba, leía la prensa y se metía en su despacho a recibir visitas y a resolver los problemas de su Diócesis. Una Diócesis difícil, por su baja y rutinaria formación religiosa, por la tibieza de los fieles, por la presencia del turismo, por la deficiente formación del clero (había excepciones), por la marrullería de este mismo clero, por la cerrazón del Cabildo Catedral a realizar cambios o innovaciones, etc. A ello se sumaban las relaciones obispo-autoridades civiles, nada rosas por diversas razones.

Pero aquel día el Obispo no iba a recibir visitas, ni a enfrentarse con problemas, beatas y curas rurales. Iba a terminar de perfilar la homilía que pronunciaría al día siguiente, domingo, en la catedral. Dos temas fundamentales deseaba tocar: la inmoralidad reinante y la injusticia social. Las turistas, nórdicas en especial, que llegaban sobre todo en invierno buscando el sol para curar su reuma y algún que otro ardiente amador para curar su soledad, constituían un castigo infernal. La ciudad en cierto sector se había llenado de bares, residencias, *whiskies a gogó*, discotecas, *bikinis*, borrachos y drogadictos. No era uno de los cuatro jinetes apocalípticos, pero sí algo semejante. La gente del país, por otro lado, se empeñaba en celebrar fiestas paganas (bailes) en las fiestas religiosas. Socialmente la injusticia reinante era manifiesta: paro, emigración a Alemania, malos sueldos, falta de seguridad social... La homilía

quedó terminada y el Obispo llamó al familiar para leérsela y obtener de él su parecer. La opinión de éste fue muy de la región: «si le digo le engaño». Y no le dijo nada en concreto. El Obispo deseaba, sobre todo, saber si se transparentaba en su sermón cierta obsesión por lo sexual que le habían achacado algunos intelectuales, haciendo circular leyendas y calumnias sobre el Obispo y sus sueños. Ignoraban el angélico despertar que el campanero le proporcionaba cada mañanita.

Aunque no lo hemos dicho —tal vez no venga al caso— el Obispo tenía su genio, era terco. Quizá no había captado la manera de ser de su grey, pese a los años que llevaba allí, olvidado de las autoridades civiles y eclesiásticas superiores. Mas, pese a su terquedad, dureza e inflexibilidad, el Obispo era bueno y hasta había sido muy popular al principio. Después, las prohibiciones con severos castigos de los bailes le restó simpatizantes, y algunos «feos» que le hizo a las autoridades le distanciaron de ellas. Pudieran ser las causas los años y los desacertados consejos de curitas tiralevitas que pululaban en torno buscando prebendas o buenas parroquias... Sea cual fuera la causa, el Obispo juzgaba que actuaba bien y de continuo le venían a las mientes las palabras evangélicas: «Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Cual un Torquemada, seguía monolítico en sus convicciones, desfasado un tanto del tiempo en que se vivía. Literatos muertos hacía tiempo, algunos hijos de la tierra, eran como sus enemigos personales, tal como si vivieran. Y es que el Obispo seguía viviendo en la época de aquellos señores.

Todo aquello que le preocupaba, el problema de los seminaristas rebeldes, que tuvo que mandar a estudiar a otra diócesis, y el de los curas malos teólogos, tránsfugas, oradores de pacotilla, vagos, marrulleros, etc., se olvidaban cuando en las mañanas tibias —¡bendito clima!— lo despertaba el concierto del campanero.



De su campanero. He aquí, pensaba el Obispo, un hombre bueno, justo, cristiano, honrado, fiel, que iba a llegar al cielo por la cuerda de la campana. Igual pensaba del pertiguero; éste alcanzaría el cielo mediante un salto prodigioso con su pértiga...

Cuando llegó el domingo, el Obispo cruzó la calle que separaba su palacio de la catedral, distribuyendo su anillo entre labios piadosos y pasó directamente a revestirse tras una breve oración. Sus fieles, sus devotos de siempre, estaban allí entre las columnas que parecían palmeras, más esbeltas ahora, pues se había suprimido el coro, arrinconándolo en un patio vecino, en tanto que el órgano se encajonó en una de las capillas. El asunto había originado agrios comentarios en la prensa y corrosivas alusiones por boca de eruditos locales, enemigos de lo que consideraban un desafuero. Pero esto no importaba ahora, ya había pasado el nubarrón. Lo que importaba no era el coro, lo que importaba era la perdición del alma colectiva del pueblo, cosa que no veían aquellos chiflados nerviosos, murmurantes por el destino de un coro sin valor artístico, y tibios o indiferentes ante la catástrofe espiritual que dañaba a la ciudad, convertida en una Sodoma y Gomorra a orillas del Atlántico. Las venus nórdicas eran auténticos demonios que corrompían a la juventud, buscando sol y amantes. La juventud, atraída por aquellas fáciles walkirias, se estaba corrompiendo. Sus padres, ciegos, les daban máximas facilidades proporcionándoles coches, dinero y grandes libertades. Locales nauseabundos, mezquinos de luz, o borrachos de sicodélicas combinaciones lumínicas, generosos en ruidos, eran auténticos antros, pudrideros, cloacas, donde se perdía la gente sana. Droga y sexualidad. Negros y rubias. *Whisky* y ginebra. *Hippies* e invertidos. Sol y sombra. Bien y mal... La eterna dualidad mitológica. Todo se mezclaba para perder al pueblo en la visión del Obispo. Un pue-

blo dopado por eso, por el fútbol, por la televisión y otras «distracciones» nocivas que le vaciaban los cuerpos de todo contenido espiritual. Un pueblo que, además, no comía como debiera, no ingería las necesarias proteínas, que bebía demasiado y —aquí venía la gran acusación— no recibía una paga justa. El Obispo, ya metido de lleno en su sermón, se entretuvo en hacer un análisis de los derechos de los trabajadores, de la depravación de los ricos, del salario mínimo, del despilfarro en bacanales, de los seguros sociales, de los bailes escandalosos, del precio de los alimentos, del lujo provocador, del valor del calzado y de la ropa, de los niños sin escuela... El campanero, vacunado ya de las encendidas prédicas del Obispo, abrió ojos y oídos y tomó buena nota de lo que decía aquel domingo. Porque él no tenía nada que ver con las suecas, ni con los ricos, ni con los *bikinis*, pero sí con el salario mínimo y con el contrato de trabajo que no poseía. Su sueldo era miserable. Antes lograba compensar algo la flacura de la paga con las propinas que le daban los turistas que subían a la torre de la catedral en el ascensor, pero desde que éste se rompió y el Cabildo Catedral decidió no arreglarlo...

Al día siguiente el campanero tocó su concierto diurno con más amor y empeño, mientras pensaba lo que le iba a decir al Cabildo Catedral. El Obispo creyó notar una especie de alegría o desenfado en la melodía campanil diaria. No había duda: el campanero introducía nuevos motivos en su concierto. ¡Qué buen hombre era! Se estaba ganando el cielo. Lo que no estaba ganando aquel buen hombre era el sueldo necesario. Y muy bien que se lo había dicho el día anterior el mismo Obispo. Con su compadre el pertiguero se fue al café del mercado a ultimar, con el mismo detallismo que el Obispo en su homilía, lo que le iba a decir a los canónigos aquella mañana. Se lo iba a decir con pala-

bras del mismo Obispo. Tomó fuerzas con unas copas de ron. Luego deshacieron el camino hacia la catedral. El Deán fue quien le atendió y no acertaba a comprender nada de lo que le decía el campanero. Y eso que era bien sencillo: quería un contrato y sueldo mínimo. Si no, iba al Sindicato. Además, deseaba que se le pagara todo lo que se le debía por años atrasados. El Obispo había hablado de justicia social y de salario mínimo. Bien. Comencemos por casa. O se le concedía lo que pedía o iba al Sindicato y dejaba de tocar las campanas. El revuelo que organizó el campanero fue tremendo. Se le rogó que siguiera tocando las campanas, que no le dijera nada al Obispo, pues su asunto se iba a estudiar. Mientras, se ordenó a una casa especializada que electrificara las campanas. Cuando esto terminó se le contestó al campanero que no se aceptaban sus peticiones. Todo transcurrió dentro del mayor sigilo, ni siquiera el familiar del Obispo se enteró. Y así fue como en una mañana de abril, festividad solemne en la diócesis, el Obispo se despertó no acunado sino torturado por un repicar inaudito. Nunca oído. ¿Se había vuelto loco el campanero? Aquello no era un sedante melodioso, aquello tenía algo de diabólica sala sicodélica. Era el mismo diablo quien tocaba las campanas, no cabía duda. El Obispo saltó rápido de la cama, tocó el timbre, dio voces y llamó al familiar. Este, untuoso, amable y sonriente le dijo que el Cabildo Catedral en pleno aguardaba en la sala de visitas. ¿Tan temprano? ¿Pero qué pasaba? Nada, no es nada. Sólo una sorpresa para su Ilustrísima. El Obispo se quedó boquiabierto. Sin ponerse el anillo, que se quitaba para dormir, se vistió y se dirigió como una tromba hacia el Deán, Arcipreste, Arcediano, Chantre, Maestrescuela, Canónigo Lectoral, Canónigo Penitenciario, Canónigo Doctoral, Canónigo Magistral... Todos, no faltaba ninguno. Ni el más viejo, asmático y achacoso, que fumaba como un

carretero y perturbaba siempre con su tos mañanera el Oficio Divino. El Cabildo Catedral, que embelesado escuchaba el ruido de las campanas como un símbolo del progresismo del Concilio Vaticano II, fue ahora el que se quedó boquiabierto al ver la expresión del Obispo.

No sabemos nada más de la historia después de que el Cabildo le comunicó al Obispo que había sido despedido el campanero y electrificadas las campanas. Unos dicen que el campanero se volvió loco; otros que se fue a Alemania; algunos afirman haberlo visto de portero en una sala de fiestas... Del pertiguero se sabe que no planteó reivindicaciones laborales y continuó yendo delante de la procesión del Cabildo con su pértiga. Del Obispo y sus despertares es de lo que no se supo nada, aunque sí se sabe que desde entonces dejó de hablar de justicia social en los sermones.

# *En un pueblo del Sur*

LA banda de música del pueblo atacaba con furia *Adelita* y el atardecer en el horizonte, como ajeno al furor de los músicos, se deshacía sanguinolento y con lentitud tras los tejados, donde los berodes alzaban su desafío. El hombre del trombón miró de reojo hacia la derecha donde, en la puerta de una casa agresivamente blanca, un grupo de muchachas reían y hablaban alzando la voz como queriendo que los que pasaban supiesen de qué hablaban. Era el eterno coqueteo femenino, expresado en ese conciliábulo de cosas intrascendentes y banales, que las mujeres con susurros al oído, bajos de voz, risotadas de aprobación, etc., quieren dotar de misterio para interesar o encelar al varón. Aquel grupito de jóvenes de dieciocho años jugaba a eso. El hombre del trombón miraba hacia el grupo de chicas donde realmente sólo veía a una, la más alta. Mirando fijamente hacia ella, atacó con ímpetu el pasaje de la canción cuya letra rezaba «si Adelita se fuera con otro, la persiguiera por tierra y por mar...». El mar estaba allí mismo, detrás, reflejando el crepúsculo en el agua de la ría mansa. Un crepúsculo que en el recinto de la plaza no se presentía, pues en ella triunfaban las luces de neón de la heladería, el bar, la pastelería y el estanco.

Con esa actitud despreocupada, pero al mismo tiempo vigilante propia de los paseos, la gente se movía en grupos dando vueltas al recinto callejero que rodeaba la plaza y por la plaza misma en cuyo extremo se alzaba el quiosco de la música. Cuatro calles desembocaban en la plaza, una con un arco antiguo de piedra enjalbegado de blanco y con un nicho en la misma clave. Allí moraba un santito cansado ya de ver desfilar generaciones tras generaciones a sus pies. Haciendo siempre lo mismo. La misma edad, las mismas ilusiones, los mismos encuentros buscados, las mismas palabras, similares piropos, casi los mismos kilómetros de paseo recorridos en dos o tres años de noviazgo los domingos y, al final, la boda y el relevo por otras parejas nuevas. Otros jóvenes irrumpían en la dominguera feria humana de la plaza. De vez en cuando, la banda de música añadía una pieza nueva a su repertorio, llegaba alguien de la ciudad a tomar las famosas «biscotelas» del pueblo, o paraba un turista desorientado. En los balcones de las casas circundantes la gente de edad se aposentaba para otear, figonear, cosechar material y hacer comentarios y críticas, muchas veces nada piadosas. Eran, a lo peor, las mismas que muy de mañana iban a la primera misa de la parroquia. Allá arriba, en aquellos balcones y ventanas, se controlaba, se comentaba y hasta se vaticinaba el futuro de muchas parejas que paseaban por la plaza. Era una visión muy distinta de la que tenía el santo de la hornacina, que había visto también desfilar centenares de comadres murmuradoras. A éste, cansado ya de la visión dominguera, le interesaba más la vida diaria, más pobre, menos bulliciosa, pero no menos interesante. Los domingos prefería observar a las viejas y viejos que en ventanas y balcones acechaban haciendo comentarios sobre la gente joven que paseaba. Los que paseaban no solían ser habitantes del barrio donde estaba la plaza; pertenecían a

otros sectores del pueblo, pero la música, los establecimientos, un cine, la misa de ocho en la vecina parroquia, etc., les llevaban al coso dominguero que era la plaza. A las once de la noche ya no quedaba nadie en la plaza, salvo el santo. Excepto los veranos en que el calor prolongaba el paseo.

El hombre del trombón tuvo que volverse en redondo para seguir a la chica objeto de su interés, pues se había puesto a pasear con otras tres del grupo. Al músico le pareció que al pasar frente a unos muchachos apostados en la puerta de la heladería, la chica le había sonreído a uno de ellos. Se puso nervioso y perdió el ritmo y compás de *Adelita*. Su falta se notó en el conjunto; y el director de la banda lo fulminó con la batuta mientras que don Blas, el melómano y entendido del pueblo, sonrió beatíficamente complacido. Le molestaba que no tocasen piezas de zarzuelas y se congratulaba de los fallos habidos cuando ejecutaban estas piezas modernas. Pensó: «la están ejecutando en el sentido militar de la palabra, merecido se lo tienen por no tocar *Los Gavilanes* tal como yo les pedí ayer».

Este era el corazón dominguero de un pueblo que iba pronto a sufrir una tremenda transformación.

Un hombre, de más de veinte años, había entrado en la plaza mezclándose con los que paseaban cuando la banda iniciaba *Adelita*. Desde uno de los balcones lo vieron e hicieron comentarios. Las del balcón sabían lo que buscaba el hombre; sabían que éste se llamaba Miguel, y también sabían donde estaba lo que intentaba hallar. «Ese, del traje azul sin corbata, pronto se va a arreglar con aquella de la rebeca roja que está junto al *Bar Quique*», dijo una de las mujerucas de un balcón, llevando su vista desde la figura de Miguel a la de la chica llamada Adela. Se lo dijo a una anciana totalmente sorda, sentada a su lado en una silla baja de anea, que no la entendió y arrebuajándose más en su to-



ca negra le contestó: «si, hace frío, llévame ya a la cama».

Miguel anduvo lento alrededor de la plaza, junto a los edificios, indagando el paradero de Adela. Era vecina suya de calle. Le gustaba desde siempre. Le atraían su esbeltez y sus pechos. Adivinándolos se olvidaba de mirarle a la cara donde triunfaban y se imponían una boca y unos ojos profundos y alargados. Al fin la vio. Estaba seria, bajo una luz de neón. Ella también, casi a la par, lo divisó, pero disimuló e inició una conversación insulsa con su compañera, entretenida en sacudirse a un soldado moscón y pegajoso desde hacía media hora. El pobre milite no lograba imponer su condición y casi desistía de conquistar aquella plaza y retirarse, militar y sentimentalmente derrotado, cuando la banda atacó el pasaje «la persiguiera por tierra y por mar. Si por mar en un buque de guerra, si por tierra en un tren militar». El soldado a costa de la música y letra —y su condición— hizo un juego de palabras originando la risa complaciente de las dos muchachas. Miguel sintió algo de molestia por las risas y apresuró el acercamiento. El hombre del trombón dejó de divisar a su interesada y puso más atención en la partitura musical tras la mirada de reprobación del director.

El cielo ya estaba oscuro, con estrellas y algunas nubes que perdían blancura y se ponían grises tras haber sido rojizas. Algún que otro animal nocturno voló directo sobre la plaza hacia la torre de la iglesia. La viejecita sorda entró en su dormitorio. La banda de música terminó *Adelita*. Hubo tímidos aplausos. El melómano se retiró y al cruzarse con uno de los municipales le dijo: «¿Ha visto Vd.? Hoy tampoco ha habido zarzuela. Voy a quejarme a don Feliciano». Don Feliciano era el alcalde del pueblo.

Miguel llegó a la altura de las mujeres cuando el hombre del trombón, en parte huyendo de una repri-

menda verbal y en parte encelado, se lanzaba entre el público a buscar a su amada. Iba meditando lo que iba a decirle sobre la sonrisa que la chica había dirigido a otro; aunque estaba soplando como un cerdo para ahorrar y casarse con ella, lo había visto. El del trombón con su problema, tan similar al de otros tantos que paseaban por allí, pasó junto a Miguel y le dio inconscientemente un empujón que lo echó sobre Adela. Por dentro Miguel masculló una imprecación contra el músico bruto (le vio el uniforme), al mismo tiempo que sentía un tibio placer al tener que coger a Adela por ambos codos para no caer sobre ella.

Ya casi era la hora de irse. Miguel llegó tarde porque estuvo en el campo. Había que mandar aquella noche a la ciudad tomates y calabazas, y tuvo que estar toda la tarde preparando el envío. Su pueblo, agrícola y marinero, se caracterizaba por cosechar unos tomates y unas calabazas que gozaban de fama nacional. Lo mismo sucedía con el pescado que, preparado a la manera local, había trascendido las fronteras de la provincia. El sabía todo esto y se sentía orgulloso escuchándolo de boca de don Agustín, catedrático; don Faustino, médico; don Rodolfo, odontólogo; don Segismundo, ricachón extremeño y otros que cada año venían a veranear a su pueblo. Pero también pensaba, como otros tantos, que su pueblo acabaría siendo mundialmente famoso cuando llegasen «los americanos». El gobierno había anunciado que los norteamericanos construirían en el pueblo una base naval y la gente —casi todo el pueblo— soñaba con la llegada de ese día. En la mente infantil del pueblo, con una visión de películas, Norteamérica era la abundancia, los coches enormes, las mujeres rubias, los grandes portaaviones, la juventud siempre alegre y sonriente, las marchas militares a lo *Barras y estrellas*, los chicles y la coca-cola... Muchos se imaginaban ya colgándoles guirnalda de

flores a los norteamericanos; otros veían rascacielos en la playa... Pero había otro grupo cuya visión, también peliculera, era diversa. Allí no campeaba la sonrisa dentífica a lo *cheese*, ni los teléfonos de colores, ni los ascensores suaves con fondo musical, ni las piscinas de aguas verde-azuladas con esculturales mujeres rubias, ni los alegres y taconeantes marinos, ni los higiénicos W. C., ni las escaleras rodantes, ni los chalecitos individuales con familias dichosas deseando un feliz fin de semana, ni los vasos y servilletas de papel, ni los grandes y superabundantes supermercados, ni las máquinas automáticas... Aquel otro grupo pensaba en el Chicago de los años 30, en Harlem, en el sur de Estados Unidos y en el violento Oeste. Pensaba que su pueblo sería eso dentro de unos pocos años y evocaba lo visto en películas o lo leído: Las Vegas y el juego; el sexo, los *parties* y los divorcios, los gangsters y los coches patrullas ululantes; los negros y el *Ku-klux-klan*; las autopistas y la velocidad sembrándolas de muertos; los atracos a los bancos y hasta los indios y los malos vaqueros asaltando al tren que comunicaba al pueblo con la vecina ciudad.

Miguel deseaba que llegasen los norteamericanos. Algunos amigos le habían dicho lo que ello significaría: muchos puestos de trabajo bien retribuidos. Pagarían en dólares, decían algunos, «y un dólar son sesenta pesetas». Para esos tipos, los norteamericanos, un dólar no es nada. Un dólar vale en Norteamérica un tipo de pasta de dientes, dos o tres dólares una entrada de cine y quince centavos viajar en el metro en Nueva York. Eran datos facilitados por don José, el médico; y si esto era así quería decir que iban a cobrar por lo menos tres dólares: ¡180 pesetas! Eso por lo menos. Miguel no acababa de creer que diariamente pudiera cobrar eso; pero se lo habían dicho unos amigos suyos, veraneantes sevillanos, que habían estado en U. S. A. Muchos

de estos veraneantes se lamentaban de la noticia al principio. Suponían, con razón, que se acabaría la tranquilidad de julio y agosto. Imaginaron *bikinis* y hordas de borrachos norteamericanos invadiéndolo todo y haciendo subir los precios. Los chalets valdrían más dinero cada año; si ahora se podían alquilar por tres mil pesetas, dentro de poco sería imposible lograrlos por treinta mil. Un yanqui, decían, da una propina de un dólar como nosotros de un duro. El descontento de muchos degeneró en crítica al gobierno. En el casino se les trató de «vendepatrias», de intentar solventar una crisis económico-social vendiendo trozos del país; en corrillos se leyeron unos versos que el poeta Rafael Alberti se apresuró a componer en su exilio con tal motivo; algunos decidieron irse a Chipiona y Punta Umbría, donde sus hijas no serían contaminadas por los «perversos e inmorales norteamericanos», unos tipos que se casan y se separan de sus mujeres porque tienen los pies fríos o porque no se limpian los dientes. Otros veraneantes, en cambio, se prometieron felices estancias estivales, pues el pueblo se vería enriquecido con algún *night-club* y ya no sería necesario hacer tanto de «Rodríguez».

Para Miguel había y no había dilema y problema. El quería que llegasen los norteamericanos porque podría trabajar con ellos y ganar más dinero; de este modo sería factible casarse con Adela, a quien cada día deseaba más.

Los norteamericanos llegaron al fin; primero tímidamente, pocos, luego arribaron más. La gente comenzó a trabajar bajo sus órdenes y el mapa local empezó a cambiar en todos sus aspectos. La misma ría fue entubada, con detrimento de los bañistas. Algunas zonas fueron acotadas y se convirtieron en terrenos prohibidos. El trabajo estaba muy bien remunerado, mejor de lo que se había calculado, pero allí no se era un

hombre sino una pieza. Los camiones circulaban en fila, sin descanso para fumarse un cigarrillo o tomarse un «cafelito». Muchos no aguantaron y dejaron el trabajo. Otros se acomodaron y ganaron sus pesetas. Miguel fue uno de los que prosiguieron y pudo de este modo ahorrar en dos años un buen puñado de duros. Ya se podía casar.

Los norteamericanos habían ido llegando; técnicos, militares, civiles y se dedicaron a hacer «su mundo». Junto a los edificios militares alzaron, como un *ghetto*, sus casitas *made in USA*, con sus garajes-cobertizos al aire libre, sus setos de flores, sus campos deportivos, sus antenas de T. V., sus especiales buzones de correos azules y rojos y sus grandes cubos de basura llenos de exóticas latas y paquetes. Esto al margen del pueblo sureño. Dentro del pueblo sureño comenzaron a surgir extraños y recónditos bares con luces ambiguas y letreros en inglés. Del norte llegaron mujeres descocadas que no se veían durante el día, sino por la noche a la luz de débiles lámparas o velitas. Los norteamericanos iban a estos bares, que pronto tomaron el cariz de cabarets. Algunos nativos también fueron aunque su bolsillo se resentía más del valor de una botella de *whisky*. De madrugada se escuchaban borrachos cantando en inglés; y también de madrugada más de uno se estrelló en su largo e insultante coche. Los nativos temían mucho a estos borrachos, sobre todo a los negros, que acostumbraban a veces a tocar en sus puertas, confundíéndolas con las de los garitos y organizando graves trifulcas. Los guardias locales temían a estos tipos que sólo la Guardia Civil metía en vereda. Y así siguió cambiando el pueblo. Muchas chicas se emplearon con los norteamericanos; algunas cayeron presas de los locales nocturnos, otras se casaron con los extranjeros sin importarles que fueran de color. La playa perdió un buen sector en favor de la base y lo que quedó se vio menos

frecuentado. A muchas familias les repugnaban los *bikinis*, los negros en la playa, y la afición al *whisky*, coñac y ginebra de los norteamericanos.

El cura del pueblo se sintió fracasado en su labor. La prostitución era una plaga. El alcalde podía confirmar esto, aunque no sentía exactamente lo que el párroco, pues económicamente el pueblo acusaba más movimiento de dinero. El Ayuntamiento se endosaba pingües beneficios por licencias de aperturas de establecimientos y otros conceptos. Para consolar al cura, un grupo de prostitutas venidas de fuera le regaló un Corazón de Jesús que fue colocado en una plazoleta, sobre un pedestal.

Miguel, como casi todos los que vivían en el pueblo, no se apercibía cabalmente del cambio hondo que éste experimentaba. Quienes mejor lo notaban eran los que sólo venían cada verano.

Miguel continuaba ahorrando dinero, trabajando de la mañana a la noche. Ya no veía a su novia diariamente, pues el cansancio y el levantarse temprano le obligaban a retirarse pronto. Ella, además, trabajaba con una familia norteamericana. Pero «su problema» lo sentía ahora más que nunca, cuando se iba a casar. Porque Miguel tenía «un problema» y no sabía como decirselo a su novia. Desde niño Miguel se orinaba por la noche en la cama. Era una enfermedad, claro. Su madre lo llevó varias veces al médico y éste le manifestó siempre que el hábito desaparecería al crecer, pero no desapareció. Miguel se acordaba que cuando niño sus hermanas y amigas hacían lo imposible por verle orinar y a él le daba vergüenza. Ellas se reían y le perseguían por el campo. Acababa por no orinar. Pero de noche, en su cama, siempre se orinaba y ahora, con veinte y cinco años, seguía igual.

Esa era la cruz y el calvario de Miguel. Todo en el pueblo había cambiado menos él. Ni siquiera captó la

transformación de su novia. Preocupado en ganar dinero para hacerse una casita y con «su enfermedad», no tenía tiempo para notar lo que pasaba en torno. No percibió que su novia tenía mejores trajes, iba más a las peluquerías abiertas como gran novedad, usaba laca y cosméticos, se pintaba las uñas y le fastidiaba ir al paseo de la plaza bastante decaído ya... Incluso llegó a bañarse en verano en la playa, cosa que no solían hacer antes los nativos. Estos se bañaban cuando se iban los veraneantes, a los que imitaban en sus trajes ya durante el invierno. A las chicas, sobre todo, les encantaba ponerse pantalones como las señoritas que venían de fuera a tostarse al sol. Pero ahora ya no aguardaban al invierno, a la marcha de los forasteros. Ahora la novedad y el cambio no sólo se experimentaba en verano; ahora la novedad era continua, todo el año, y con la presencia de los norteamericanos hasta estaban «más adelantados», «más modernizados» que los que venían de Córdoba, Sevilla o Badajoz. La novia de Miguel fue atraída lentamente por el mundo fácil, de revista, de los extranjeros. Creyó que podría ser una de aquellas mujeres que se veían en las revistas de colorines atractivos. No sabía que de lo impreso a la realidad existía la misma diferencia que entre los anuncios de apetitosas comidas y la posterior calidad. Los extranjeros comían muy mal, todo de lata y a base de *catsu* y otras salsas similares, que dotaban a la comida de igual gusto. Pero la simpleza de la chica rural no podía aprehender aquello y llegó a deslumbrarse con los requiebros y promesas de un sargento negro. A escondidas se vio con él y recibió regalos: trajes de punto, medias de nylon, golosinas tentadoramente envasadas y miles de chucherías que aquella colonia de extranjeros podía comprar en su economato.

La historia se precipitó, más de lo que nos hubiera gustado a nosotros encargados de contarla ahora, por-

que tal vez hubiera tomado otros rumbos. Pero en historia no se puede jugar con lo que pudo haber sido. La historia fue como fue. Y fue —aparte de lo que ya había sido— que el sargento negro recibió la orden de regresar a su país. Como quien va a comprar una ne- vera —no a plazos— o una cabra, le propuso a Adela casarse inmediatamente e irse a la semana siguiente a su patria. Alegría, duda y temor sintió la muchacha. Alegría por marchar a aquel país de ensueño; duda por el futuro en una tierra cuyo idioma y costumbres no eran las suyas; temor por la reacción de Miguel y su familia, a quienes había mantenido ocultas sus relaciones con el negro norteamericano. Decía siempre que todas las prendas que éste le regalaba eran donativos de la señora en cuya casa trabajaba. Entontecida por la oferta, aceptó. Todo sucedió tan rápido que cuando el pobre Miguel reaccionó su novia se encontraba a miles de kilómetros del pueblo. Aunque sus amigos le dijeron para consolarlo que Adela era una pécora y que no se merecía nada, pues hacía tiempo que le estaba engañando, Miguel se sumergió en sí mismo. Una noche soñó de nuevo con algo que había olvidado: siendo un niño de doce o trece años iba a la escuela regentada por una maestra joven y guapa. El estaba enamorado de ella, como otros compañeros. Un día, jugando en el recreo, se cayó y perdió el conocimiento. Cuando despertó, se encontró en el dormitorio de la maestra, acostado en su cama, y con ésta a su lado pasándole la mano por la cara. Fue tal el placer que experimentó que en aquel mismo momento sintió que era hombre... Era la primera vez que le ocurría aquello. Ahora estaba soñando algo que había vivido en su infancia y que marcó el paso a la pubertad, pero cuando se despertó violentamente, creyendo que eyaculaba u orinaba como otras veces, se encontró con que nada de eso sucedía. El trauma por la infidelidad de Adela y el



recuerdo-sueño que marcó su hombría había servido para curar «su mal». Dejó de orinarse en la cama por la noche.

El tiempo pasó.

Adela vivía en Nueva York, en una zona limitada por la Lenox Avenue al oeste, la calle 135 al norte, la calle 130 al sur y el río Harlem al este. Era un *ghetto* de bloques sórdidos en parte, donde la droga, la T. V. y la bebida eran los sistemas seguidos por su población, en franca bancarrota social y moral, para «ausentarse». Pese al hijo tenido —un «hombre crepúsculo» como dijo Quevedo— Adela deseaba regresar a su patria, a su tierra soleada y sin nieve, amplia de aire, donde se trataban unos a otros como personas y donde nadie le regateaba al prójimo la humanidad. Adela se dio pronto cuenta que en la zona acotada donde vivía estaba como en una prisión, y esto sucedía así porque a los negros se les consideraba indignos de vivir en otra parte y de otra manera. Los negros que arribaban a Nueva York procedentes de otras regiones no venían a la ciudad, venían a Harlem, zona peligrosa y antihumana. Adela se consumía de añoranzas y no porque su esposo fuera malo. Ni siquiera la consolaba hablar con los vecinos puertorriqueños, hermanos en idioma, en discriminación y en lacras. También los boricuas añoraban su sol, su clima, su libertad. Desesperada, un día dejó su casa e hijo, fue al consulado español y solicitó la repatriación. Todo se arregló jurídicamente y Adela volvió a su patria separada de su marido y de su hijo mulato.

Miguel, curado de «su mal» era otro hombre, aunque nunca había olvidado a su novia. Otro hombre por haber liquidado aquella pesadilla, pero con el lastre de la añoranza. Si ella volviera algún día, pensaba, estaba dispuesto a casarse o «arreguntarse» con ella, pese a su pecado. Estaba dispuesto a perdonar y a olvidar, por-

que la ausencia había servido para una mayor idealización de su cuerpo y de su alma. Y ella volvió. Fue, como escribió el poeta indú «un día en que no te esperaba, y entraste sin que te lo pidiera». Realmente no entró, porque nunca había salido. Era la misma Adela de siempre, por lo menos para Miguel; no así para el resto del pueblo que, como el viejo pueblo bíblico, la vio cual una Magdalena cualquiera. Recluida en casa de sus padres, Adela sólo salía muy temprano los domingos para ir a misa. Miguel, que lo sabía, la vio de lejos varias veces sin atreverse a abordarla. Por fin, una noche, con unas copas de más, se hizo el propósito de ir a casa de Adela y pedirle que se casara con él, como si nada hubiera sucedido, como si la historia de ellos no hubiera sido interrumpida por otra. A la madrugada soñó con ella, soñó que la poseía y, en el momento supremo del amor, se despertó embargado de placer para comprobar, aterrorizado, que se había vuelto a orinar. Pensó que era cosa de las copas tomadas de más y dejó pasar una semana antes de realizar su proyecto. Pero como antaño, la vieja costumbre había vuelto a su cuerpo.

Así pasaron los años.

El pueblo quedó transformado en todos sus aspectos. Adela envejecía, se odiaba a sí misma, sentía vergüenza de las gentes, le dolía lo que consideraba orgullo de hombre herido en su antiguo novio, ignorando la tragedia. Este también envejecía y aguardaba ver desaparecer aquel defecto que le impedía ser feliz junto a la mujer que siempre había amado.

Y así pasaron los años.

# *Indice*

- 11 *Danayde*  
19 *La pequeña y el pez*  
29 *La vuelta del mar*  
37 *Mas Xom*  
47 *Los perros del rey*  
55 *Agua enferma*  
65 *La vieja beata*  
75 *Cuento de un hombre*  
83 *El pantano sin Dios*  
93 *El hombre del petrolero*  
103 *El Obispo y el campanero*  
113 *En un pueblo del Sur*

*Cuentos imaginarios,*  
de Francisco Morales Padrón  
cuya edición consta de  
quinientos ejemplares numerados,  
se terminó de imprimir en la  
Tipografía Lezcano  
el 7 de noviembre de 1970.

LAUS † DEO

Ejemplar Núm.



*Cuidó la edición:*  
MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

## COLECCION **san borondón**

### POESÍA:

- 1 *Poesía canaria última (Antología)*, realizada por Lázaro Santana y Eugenio Padorno. [Agotado]
- 2 Manuel González Sosa: *Sonetos andariegos*. [Agotado]
- 3 Lázaro Santana: *La Puntilla. (Poema)*
- 4 Arturo Maccanti: *En el tiempo que falta de aquí al día*
- 5 Pedro Perdomo Acedo: *Volver es resucitar*
- 6 Carlos Eduardo Pinto Trujillo: *Desde el silencio*
- 7 José Caballero Millares: *Punto Nuevo*. [Agotado]
- 8 Antonio Murciano: *Fe de vida*. [Agotado]
- 9 Josefina de la Torre: *Marzo incompleto*
- 10 *Diez poemas checoslovacos*, traducidos por Felipe Baeza Betancort
- 11 Agustín Millares Carlo: *Poemario*
- 12 *50 poemas ingleses*, traducidos por Felipe Baeza Betancort
- 13 Manuel Alvar: *En Indias peregrino*
- 14 Alberto Pizarro: *Cenizas*

### ENSAYO:

- 1 Felipe Baeza Betancort: *La amada más distante. Ensayo sobre La voz a ti debida de Pedro Salinas*. [Agotado]
- 2 Juan Rodríguez Doreste: *Raíz y estilo del alma canaria*
- 3 Miguel de Unamuno y Alonso Quesada: *Epistolario*. Prólogo y notas de Lázaro Santana

### NARRACIÓN:

- 1 Pedro Lezcano: *Cuentos sin geografía y otras narraciones*
- 2 Francisco Morales Padrón: *Cuentos imaginarios*

\* \* \*

*Dedico este libro a mi hija Helena.*

*F. M. P.*

